

**DIMENSIONES ÉTICAS DE LA
CRISIS ECOLÓGICA.
PRINCIPIOS PARA UNA EDUCACIÓN
MEDIOAMBIENTAL**

Andrés Jiménez Abad y Marta Silvero Miramón

Nota: Editado por la ONG GAM TEPEYAC, C/ Reyes, 3-1. 47002 Valladolid.

Dep. Legal. VA-1184-2005.

Permitida la reproducción con fines no lucrativos y citando la procedencia.

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN

2. EL DESPERTAR DE LA CONCIENCIA ECOLÓGICA

La fiebre verde

La ciencia ecológica

Los movimientos ecologistas

Medios de comunicación, tópicos, mitos y... más mercado

3. LA CRISIS ECOLÓGICA Y SUS AMENAZAS

Amenazas al medio físico

La natalidad: ¿una amenaza para el planeta?

Las otras amenazas: La traición de la opulencia

4. DIMENSIÓN MORAL Y ANTROPOLÓGICA DE LA CRISIS

Precedentes históricos: el desarrollismo economicista

Las raíces: la racionalidad tecnocrática y la civilización tecnológica

El consumismo: del valor al precio

La naturaleza como *stock*

5. FUNDAMENTACIÓN DE UNA ÉTICA ECOLÓGICA

Primeras consideraciones

El sujeto ético. Persona y dignidad

La relevancia moral de la Naturaleza

Calidad de vida y desarrollo humano

Valores para una educación medioambiental

Visión cristiana del problema ecológico

6. CONCLUSIÓN: LA REBELIÓN DE LOS MUNDOS VITALES, HORIZONTE PARA UNA EDUCACIÓN MÁS ALLÁ DE LA MODERNIDAD

7. GLOSARIO

8. BIBLIOGRAFÍA

9. ANEXO: PROPUESTA DE ACTIVIDADES

1. INTRODUCCIÓN

Es habitual que los problemas ecológicos de nuestro tiempo pongan en el primer plano de nuestra atención cuestiones económicas, biológicas y políticas de enorme relevancia. Pero cada vez se pone más de manifiesto que la degradación del medio vital del hombre es correlativa a la degradación *del hombre mismo*, y que la crisis ambiental, además y por encima de la técnica y de la política, es una verdadera crisis moral. El hecho se ha extendido como una constatación generalizada: la ecología no es sólo una ciencia, es también una “conciencia”.

Podemos afirmar por tanto que actualmente existen una serie de factores y de condiciones que han propiciado una nueva conciencia y sensibilización ecológica. Tal fenómeno no es extraño, sino más bien lógico y consecuente con la realidad circundante, si tenemos en cuenta que las notas características de ésta no ayudan, precisamente a crear unas condiciones ecológicas de vida. Recientes publicaciones subrayan determinados aspectos como (Mondeja y Zumalacárregui, 2000):

- en la atmósfera, el incremento de la concentración del dióxido de carbono altera la temperatura de la Tierra, dado que cuanto mayor es esta concentración, mayor es la cantidad de energía recibida por la Tierra desde el Sol que queda “atrapada” en la atmósfera en forma de calor;

- La presencia de los clorofluorcarbonos –sustancias químicas fabricadas por el hombre- en la estratosfera, provoca y así lo está haciendo, una disminución de la concentración de ozono en la atmósfera, dañando así lo que constituye el filtro atmosférico esencial para contener la radiación ultravioleta;

- Casi el 20% de los peces de agua dulce han desaparecido o están en peligro de hacerlo. Anfibios, moluscos y otras especies peligran también debido al alto nivel de contaminación del agua;

- La degradación de los suelos como consecuencia de la actividad del ser humano se acentúa sin cesar, debido a la erosión y a la poca capacidad de regeneración como consecuencia de daños externos de carácter prácticamente irreparable.

El mensaje del Secretario General de las Naciones Unidas con motivo del Día Mundial del Medio Ambiente (5 de junio de 2001), no hacía sino confirmar y recordar la gravedad de la situación:

“...Hoy más que nunca, la vida sobre la Tierra exige de todos un sentido de responsabilidad universal: nación a nación, persona a persona, responsabilidad humana para todas las demás formas de vida... Ya poseemos las habilidades técnicas para detener tendencias destructivas y colocar nuestras economías sobre una base más sostenible. No es el conocimiento de la investigación científica, sino factores políticos y económicos, que determinarán si la sabiduría acumulada en nuestros laboratorios y bibliotecas habrá de llevarse a la práctica o no. Retos como los cambios climáticos, la desertificación, la destrucción de la diversidad biológica y la expansión de la población no sólo están poniendo a prueba nuestra imaginación, sino también nuestra voluntad”

De las palabras anteriores se desprende un mensaje de gran calado ético, que apunta y demanda del ser humano una respuesta de este carácter. De tal modo que la nueva sensibilidad ecológica se configura como algo más que como una mera preocupación por el medio ambiente o como una efervescencia sociopolítica. Sin ignorar los múltiples matices a los que se presta esta nueva sensibilidad en el espacio político y geopolítico –por ejemplo en el marco de los movimientos antisistema y antiglobalización-, o en el ámbito económico y comercial –las exigencias y garantías que se piden a los sectores productivos en la nueva cultura de la calidad, entre otros aspectos-, apuntan como emergentes nuevos valores, fruto de inquietudes generales para afrontar problemas éticos vinculados a la conservación y el cuidado por el medio ambiente, y que afectan a toda la humanidad. Al mismo tiempo, estas preocupaciones han entrado también en los ámbitos educativos.

Siguiendo a Novo (1988, citado en Laguna, García y Jiménez, 2000) se produce algo así como una revolución semántica, al pasar del término “medio” al de “medio ambiente”, ya generalizado. La naturaleza se considera “ambiente del hombre” y no sólo un medio para ser utilizado en su provecho, por lo que se intuye ese cambio de actitud del hombre hacia su medio al que se aludía en líneas anteriores. Hay una responsabilidad “nueva”, que aparece subrayada con claridad en el contexto de su conducta, lo que implica para los seres humanos pensar a favor del medio y a través de él.

Las denominadas tres generaciones de los derechos humanos son evidencia de este planteamiento: a los *derechos civiles y políticos* –inspirados en el valor de la libertad humana: derecho a la vida y a la integridad física, de reunión y desplazamiento, de pensamiento y expresión, etc.- y a los *económicos, sociales y culturales* –basados en la igualdad de todos los seres humanos: derecho al trabajo, salario justo, vivienda, salud,

educación, cultura, etc.- se unen los *derechos de tercera generación o de la solidaridad*, que a pesar de no estar plenamente recogidos de manera oficial, hacen viables los anteriores. Aluden, entre otros al derecho a nacer y vivir en un medio ambiente sano, a nacer y vivir en una sociedad en paz, a nacer y vivir en una familia establemente constituida, a ver protegida la intimidad ante los medios informáticos, etc. (Ugarte, 2003)

Sin embargo, de nada serviría esta evolución en la mentalidad y actitud hacia el medio si es mal entendida y no se concibe al servicio de la propia elevación integral de la dignidad humana. De hecho, por este motivo es vital la labor educativa en torno a la ecología. La ecología se ha convertido en un problema moral susceptible de *ser educación*.

De manera más concreta, el hombre ha confundido, actuando así como una actitud antiecológica –a pesar de creer lo contrario- el desarrollo como *elevación integral de su propia dignidad humana* con el desarrollo a la medida del interés de ciertos grupos humanos, o de ciertos sectores de la población. Se habla por ello de “desarrollismo *versus* desarrollo”, para distinguir esa mejora real de una concepción económica –el desarrollismo- que propugna la necesidad de que la economía crezca indefinidamente y que asegura que ello reportará la acumulación generalizada de bienes y servicios, con lo que los seres humanos serán paulatinamente más felices. Esa felicidad se entiende en la práctica, y a menudo también en teoría, como “calidad de vida”, que se hace equivalente a su vez a “bienestar material”, y cuyos postulados podrían ser recogidos del siguiente modo:

- 1) El planeta es una fuente inagotable de recursos
- 2) El desarrollo consiste en el proceso de crecimiento económico seguido por los llamados “países desarrollados”
- 3) Dicho proceso es sostenible en todos los países del mundo
- 4) Existe una correlación entre desarrollo y satisfacción de las necesidades del ser humano
- 5) Como la racionalidad humana puede disponer absolutamente de una naturaleza cuyas leyes han sido descubiertas, el progreso de la humanidad se abre a un horizonte ilimitado.

Consecuencias reales y concretas de esta concepción del medio al servicio del hombre, en el sentido más antropocéntrico del término, son: el consumo indiscriminado de los recursos naturales sin valorar su posible agotamiento, la planificación de la

producción a gran escala, la exclusión de las generaciones futuras en la planificación de la economía, la creación de alimentos transgénicos cuyas repercusiones se desconocen, las manipulaciones genéticas y alimenticias en el reino animal en pos del logro de mayor producción y beneficio de elementos susceptibles de comercialización, proliferación de políticas antinatalistas como estrategia impulsora de desarrollo, etc.

Después de todo, ¿no se hace indispensable el planteamiento de una Educación Ambiental, de una Educación Ecológica, o al menos de una educación que no ignore este aspecto de la vida humana si pretende entenderla globalmente?

Se ha definido la educación ambiental como “un proceso de carácter educativo, dirigido a formar valores, actitudes, modos de actuación y conductas a favor del Medio Ambiente, por lo que para lograr un enfoque medioambiental, a través de ella, es preciso transformar las actitudes, las conductas, los comportamientos humanos y adquirir nuevos conocimientos...” (Laguna, García y Jiménez, 2000).

Creemos que no cabe en consecuencia otro enfoque que orientar esa educación a la vida. En realidad toda educación ha de estar orientada a la vida, entendiendo que esto supone educar en el respeto –en el más amplio sentido del término– al medio y a los seres que en él habitan. El medio ambiente no es un mero escenario o telón de fono, más acá del cual transcurre nuestra vida. En realidad forma parte de nosotros mismos, nos constituye en cierto modo, porque de él se nutre y en él se apoya en buena parte nuestra existencia personal y comunitaria. Atentar contra el medio ambiente es atentar contra la morada de los hombres, contra el ser humano mismo, beneficiario de su riqueza y responsable de su cultivo.

2. EL DESPERTAR DE LA CONCIENCIA ECOLÓGICA

2.1 La fiebre verde

“Pancartas, manifestaciones, eslóganes, sacos de dormir, acampadas en hermosos valles, campañas para salvar el oso pardo, la ballena gris o las crías de foca, recogida de firmas para impedir la instalación de una fábrica de productos químicos, campañas electorales para ocupar un escaño en los Parlamentos y poder hacer presión política. Esto es, para la mayoría de los hombres contemporáneos, la ecología. Muchos, sobre todo los jóvenes, han encontrado en esta palabra algo con lo que sustituir el vacío ideológico dejado por la crisis de las grandes familias políticas: liberalismo, socialismo, marxismo. La ecología se ha convertido así en un sinónimo

de amor a la naturaleza, de deseo visceral de que no se destruya lo poco que los hombres han dejado intacto. Pero la mayoría de los que se sienten motivados a participar en estas campañas, y casi todos los demás, no saben que detrás de esa palabra hay una ciencia muy compleja, con un elevado contenido matemático y estadístico, fría y aséptica y que, incluso, sirve más veces para conocer las técnicas de explotación racional de un medio que para preservar éste intacto” (Martín, S., 1989, pág. 184)

La “fiebre verde” parece contagiar a un creciente número de personas, dando lugar a una fuerte contestación contra el desarrollo tecnológico de los últimos tiempos. Así, por ejemplo, se convocó hace ya más de veinte años en nuestro país un certamen de narraciones cortas sobre el medio ambiente, dándose la elocuente circunstancia de que, pese a la diversificación de los participantes por razón de edad, sexo, nivel cultural y procedencia geográfica, todos ellos ponían unánimemente de manifiesto: 1) una visión *catastrófica* del futuro de la humanidad, 2) la convicción de que la inminente *destrucción universal* se debe al progreso, especialmente en su versión tecnológica, 3) el enemigo a batir es, o la industria o las empresas constructoras; la acción concluye con el *triunfo de los héroes* –muy a menudo niños– o con la destrucción de la comunidad en la que se implantado la industria o la constructora. 4) Talante ambientalista y de retorno a un *estado de naturaleza* pura y feliz. 5) El rechazo hacia la industria tiene en cuenta la contaminación que produce, pero ignora los puestos de trabajo que procura y los *bienes o productos generados* por su actividad. (Cfr. Carretero Alba, E. en AA.VV., 1980, págs. 41-42)

2.2 La ciencia ecológica

La Ecología –expresión acuñada ya en 1868 por E. Haeckel para definir el estudio de la relación entre los organismos vivos y su medio natural– ha ampliado asombrosamente su campo como disciplina científica para dar cabida a la consideración de la actividad humana como factor decisivo en los cambios del medio ambiente. Dicha actividad se ha mostrado decisiva a partir de la Revolución industrial, y sobre todo tras la II Guerra Mundial, con la aplicación creciente de la tecnología. Con notoria rapidez se han ido agregando disciplinas bajo el rótulo de “Ciencias del medio ambiente”, empezando por las ciencias de la naturaleza y dando entrada en las dos últimas décadas a ciencias sociales como la Economía, la Sociología, la Demografía, el Derecho y la Política.

La óptica adoptada por la Ecología es la de los ecosistemas o conjuntos formados por los elementos físicos del medio y los organismos que viene en él dentro de un cierto equilibrio, y que constituyen el último nivel de integración de los seres vivos. Al extenderse a las interrelaciones entre el hombre y su entorno, el ámbito de consideración se ha extendido a la totalidad del planeta, considerado por muchos como la unidad ecosistemática por excelencia. Más allá de la Biología, pues, la Ecología se acerca al estudio de la “*casa común*” de la humanidad y a las relaciones de comunicación entre los distintos hombres. Se insiste, de hecho en que la “*Ecología biológica*” ha sido asumida por el ámbito de la “*Ecología social*” (Cfr.Sosa, N.M. en AA.VV., 1991, pág. 68; también Ídem, 1990, págs.31-36).

2.3 Los movimientos ecológicos

Por otro lado, aunque al parecer en una paulatina convergencia, se van produciendo desde finales de los años 60 manifestaciones muy diversas que denuncian una situación alarmante y de creciente gravedad: la generalizada y sistemática contaminación a la que ha dado origen el sistema de desarrollo económico y sus formas de producción.

Si en un primer momento se trataba de esporádicas denuncias de situaciones “*localizadas*”, paulatinamente se ha generado todo un movimiento –convergente a pesar de su heterogeneidad– que se enfrenta a una forma de civilización o de sociedad a la que acusa de aniquilar el medio ambiente y de envilecer al hombre.

Aunque el abanico de posturas es muy amplio y dispar, pueden distinguirse a grandes rasgos dos formas diferenciadas –y a menudo opuestas– de ecologismo:

a) *Conservacionista* también llamada naturalista o ambientalista. Nacida en Norteamérica a finales del XIX, se limitaría a trabajar en la protección de espacios y de especies naturales (sus esfuerzos se han plasmado en la creación de los Parques Naturales). Esta postura fomenta sobre todo el estudio y la investigación biológica, y la adopción de medidas más o menos puntuales, pero concretas, para la preservación del medio físico.

b) *Radical*. Con tendencias sociopolíticas más activas y hasta “*agresivas*”, –una de sus expresiones son los “partidos verdes” y los movimientos y organizaciones antiglobalización– llevan sus propuestas hasta el enfrentamiento contra un sistema económico, el capitalista–tecnológico, que deshumaniza el planeta y destruye sus recursos. Se ha centrado

preferentemente en temas globales como el pacifismo antimilitarista y la desnuclearización, la defensa a ultranza de los animales y de la biodiversidad, llegando incluso a propugnar –es la llamada *deep Ecology* (Naes, Aiken, Serres, Guattari, Devall, Sessions, entre otros)- la práctica desaparición de la especie humana, acusada de depredación. El planteamiento de fondo de estos movimientos “*alternativos*”, junto a otros de reciente proliferación –feminismo, nacionalismo, pacifismo...- se debate entre una crítica “*post*” hacia supuestos y realizaciones de la modernidad, y una radicalización de elementos nihilistas implícitos en ella (Cfr. Ballesteros, J., 1985, 1987, 1991 y 1995. También Llano, A. 1984).

2.4 Medios de comunicación, tópicos, mitos y... más mercado

La ecología, o el ecologismo, es noticia. Lugar estelar ha ocupado en los distintos medios informativos, dejando a un lado la ya numerosa prensa especializada, la celebración de la Conferencia UNCED –la llamada “*Cumbre de la Tierra*”- y el paralelo Foro Global, en Río de Janeiro (junio 1992). Toneladas de papel impreso, miles de horas de emisión, se han detenido en el análisis de la crisis medioambiental, han barajado las posiciones encontradas, y no ha faltado tampoco el tono de alarma general, “*entre la esperanza y la desesperación*”. Importante acontecimiento, que se suma a la ya larga serie de Acuerdos y Declaraciones internacionales que se vienen sucediendo desde principios de los 70. “*Medio ambiente y desarrollo*” son, por una parte, dos polos de fuerte tensión y, por otra, dos exigencias llamadas a conciliarse. La supervivencia de la humanidad está en juego. El proceso globalizador desencadenado tanto en el ámbito económico y político como en el de las comunicaciones ha producido un fenómeno de contestación capaz de movilizar multitudes, que enarbolan entre otras la bandera de la ecología y el medio ambiente. Los medios informativos “*han estado ahí*” y nos lo cuentan...

Como es patente, ecólogos y ecologistas han puesto de manifiesto que el ser humano, merced a las potencialidades de la tecnología, ha alterado profundamente el medio y su equilibrio –además de sus propias formas de vida-, perturbando en alta grado la dinámica ecosistémica y amenazando seriamente sus mismas posibilidades de sobrevivir.

Muchas voces se han alzado para advertir que los datos, leyes y previsiones científicas se han visto expuestas frecuentemente a notables abusos y extrapolaciones sin fundamento suficiente: catastrofismo demográfico, implantación de un “*crecimiento cero*”

para la economía, el conocimiento y la técnica; la regresión a formas de vida pre-industriales y primitivas, expresiones románticas y pseudomísticas de panteísmo, e incluso propuestas eugenésicas y de exterminio poblacional (por ejemplo A. Ganozcy y G. Herdin. Cfr. Sosa, N.M., 1990, pág.81). Se ha llegado a difundir la figura del “ecologista escéptico”, según reza el título de un conocido y desmitificador libro de Bjorn Lomborg.

Pero a la vez, el discurso crítico del ecologismo radical sólo parece viable –de hecho- mediante el recurso al proteccionismo de los poderes y las administraciones, los cuales con la aplicación de medidas correctoras, aseguran el proceso desarrollista ofreciendo un espacio legal y económico en el que se ha generado un nuevo “mercado” y un nuevo ámbito de consumo: el discutido “*capitalismo verde*” (Sosa, N.M. en AA.VV., 1991, pág. 90), también llamado “*ecotecnocracia*” –que vendría a ser una suerte de reformismo desde el sistema- (Cfr. Ferrer Regales, M., 1981, pág. 50).

Desde muy diversas instancias se reclama una fundamentación, suficiente y clara, que respalde la naciente conciencia ecológica y la rescate de sus actuales tribulaciones.

3. LA CRISIS ECOLÓGICA Y SUS AMENAZAS

Pero ¿cuáles son los factores que han determinado la crisis ecológica de la que todo el mundo está empezando a ser consciente? Multitud de campañas y numerosos estudios sectoriales permitirían elaborar un amplio y negro catálogo de amenazas, no todas siempre bien enfocadas. La explotación desordenada de los recursos naturales y el deterioro progresivo de la calidad de vida se muestran como factores decisivos de un grave deterioro ambiental, cuyo carácter más profundo delata la falta generalizada y sistemática de respeto por la vida, y más en particular de la vida humana (Serrano, R., 1989, Yepes, R., 1990).

3.1 Amenazas al medio físico

Los concretos y numerosos motivos de alarma acerca del deterioro del medio natural pueden ser agrupados según se cualidad, más o menos del modo siguiente:

- a) *Contaminación:*
 - Residuos tóxicos y radiactivos. Basuras no degradables
 - Emisión de gases (CO₂ ...): calentamiento de la atmósfera (efecto invernadero), contaminación del aire, alteración de los niveles de ozono en la atmósfera, lluvias ácidas ...

- Mareas negras
- Efectos venenosos de algunos pesticidas
- Indicios de cambios climáticos imprevisibles

b) *Peligros relativos al armamentismo* (armas químicas y biológicas, destrucciones masivas ...)

- Riesgos de la energía nuclear (militar y pacífica)
- Empobrecimiento de países
- Intereses económicos que retraen el desarrollo

c) *Agotamiento de recursos naturales*

- Fuentes de energía (petróleo, gas ...)
- Minerales
- Deforestación masiva (erosión de suelos, disminución de la fotosíntesis, desertización, extinción de especies, ...)

d) *Riesgos de la Biotecnología* (manipulación genéticas imprevisibles, mutaciones genéticas que originen pestes, ...)

e) *Superpoblación:*

El problema real es la pobreza, la desigualdad de oportunidades para el desarrollo, sobre todo cultural, la urbanización desordenada, la explotación económica de unos países por otros ... Hay que buscar el equilibrio y la equidad entre la población por una parte, y la producción, diversificación y distribución de alimentos por otra.

3.2 La natalidad: ¿una amenaza para el planeta?

El aumento de la población no es en sí mismo un problema ecológico, sino más bien un factor de complicación, hasta cierto punto. También es un factor de posibles soluciones. El planeta produce hoy suficientes alimentos para dar de comer a sus 6000 millones de habitantes. Ciertamente, unos 800 millones de hombre pasan hambre, pero nunca el mundo ha tenido tantas reservas de alimentos, de las cuales 2/3 se dan en los países industrializados. Sólo con las de 1987 –casi 500 millones de Tm de cereales– se podía alimentar durante dos años a los hambrientos del planeta. La principal causa del hambre no es la falta de producción. El que ésta sea suficiente no garantiza que los

alimentos estén disponibles allí donde son más necesarios, ni que puedan comprarlos los que pasan hambre. Y las causas de esto último no son culpa del planeta... (Cfr. Pamplillón, R., 1989*; D'Entremont, A., 1984, 1991; Clark, C. 1975, 1977, 1980; Ferrer, M., 1973; Sauvy, A., 1991; Simón, J.L., 1986).

P. Duvigneaud, por ejemplo, afirma que es una paradoja dejar nacer a los indios para que luego se ven expuestos a morir de hambre o en las inundaciones. Pero por la misma razón tampoco debería dejarse nacer a los anglosajones, es un decir, para no exponerlos a la neurosis, al sida, los accidentes de tráfico o los infartos por exceso de peso y alimentación (Cfr. Carretero Alba, E. en AA.VV., 1980, pág. 20). Se oye decir con frecuencia a los antinatalistas que es malo que nazcan otros. "Los países del Norte se sienten orgullosos de predicar a los del Sur sobre la necesidad de limitar su crecimiento poblacional, pero la gente del Sur, de Bangladesh o de Nigeria pueden decir: un solo niño de los suyos, señores europeos, genera más residuos destructores y más "gases invernadero" que ocho de mis niños. Señores europeos, mis ocho niños me ayudan a producir alimentos, mientras que su único hijo está destruyendo la biosfera. Vuelva usted a hablarme cuando esté dispuesto a cambiar esto" (García Orgoyen, C. en AA.VV., 1991, pág. 204).

Como ha indicado Ferrer Regales, "nos encontramos ante una contradicción. Si nacen menos niños, habrá menos adultos dentro de unos años y cada vez habrá más viejos. Caerá más carga social sobre la cada vez más reducida población activa, y no aumentará la producción por falta de demanda. En consecuencia, disminuirá la capacidad económica de un país o sociedad. Pero es justamente en nombre de esa capacidad económica, para aumentarla o sostenerla, como se predica y se aplica el control de la natalidad. Tiene que hacer, sospechamos, otras razones." (En D'Entremont, A., 1984, pág.14).

3.3 Las otras amenazas: "la traición de la opulencia"

"Lo ecológico", contra lo que a simple vista parece, no implica tan sólo un replanteamiento de las relaciones del hombre con el medio natural y físico, sino también con el propio "medio humano", es decir, con las demás personas. A esto apunta la llamada "Ecología Social". EN su libro, *La traición de la opulencia*, Jean Paul Dupuy y J. Robert observan que el daño absoluto e incomprensible, no es tanto la destrucción de tal o cual elemento del patrimonio natural, cuanto la destrucción, de los lazos que vinculan al hombre con su medio circundante y especialmente con los demás hombres, una

destrucción “que deja al hombre replegado en sí mismo, alienado con respecto al mundo, interesado ya sólo en su propia vida” (Dupuy, J.P.-Robert, J., 1979, pág. 28).

Tales relaciones no pueden ser reemplazadas por la producción de “*bienes y servicios*”. Ningún valor mercantil puede compensar la degradación del medio circundante y *la trivialización de las relaciones entre los hombres*.

El recién desaparecido filósofo Julián Marías llamó la atención sobre la noción de “*circunstancia*” en la que, lejos de contraponerse el “*medio*” y el “*organismo*”, han de contemplarse en vinculación indisoluble. Desde ese enfoque pasa a preguntarse: “¿Cómo se entiende que interese tanto “*limpiar*” las aguas y la atmósfera, hacer desaparecer de ellas los cuerpos extraños y nocivos que en ellas deposita la industria, a la vez que se satura el organismo -parte de la circunstancia- de *drogas*, cuyos efectos son incomparablemente más perniciosos que los del óxido de carbono ...?” (Marías, J. 1974, pág. 77).

Y no sólo el organismo humano se halla amenazado, según Marías; es más decisivo aún lo que afecta y daña a la propia “*realidad psíquica*”: el ruido. “El ruido afecta al tímpano, pero más a la intimidad; y, por supuesto, a las formas de convivencia: a la conversación, al silencio entre personas, a esa operación esencial que se llama “*callar*”... ¿Qué sucede con la atención, la calma, la posibilidad de recogimiento, de reflexión, de lenta maduración de la personalidad? (Ibid., pág.78)

Señala también el *bombardeo de estímulos sexuales*: “su multiplicación, su martilleo constante sobre la percepción, fuera de ocasión y contexto...” está produciendo el “*embotamiento de la sensibilidad*”. Y lo mismo cabrá decir de *las noticias*, cuya selección injustificada y arbitraria, tan cercana a la falsedad, “*altea la composición de nuestro mundo real*”.

Se insiste a menudo en la artificialidad a la que hemos sometido nuestras vidas. Pero “lo esencial de la presente crisis no es el hecho de que las relaciones interpersonales estén mediatizadas por objetos: siempre han de estarlo... *Lo grave es que estas relaciones mismas se hayan convertido en ‘cosas’* y ello porque el hombre industrial, incapaz de asumirse, incapaz de anudar relaciones satisfactorias con sus prójimos y con su medio circundante material, se remite a las instituciones para *producir*... lo que ya no puede engendrar con su *acción personal*” (Dupuy-Robert, ibid., págn.36)

La irrupción del sector terciario de la economía viene así a ratificar la alienación del hombre en la sociedad economicista.

Por ello la conciencia de crisis ha de dar paso a una profunda revisión de nuestros modos de vida, de la organización social de la vida humana en su conjunto y de los valores que fundamentan la recta conciencia moral de cada hombre: "La degradación del medio natural y la degradación del medio social son dos manifestaciones de un mismo problema" (Hernández del Aguila, cit. En Sosa, N.M., 1990, pág.41)

4. DIMENSIÓN MORAL Y ANTROPOLOGÍA DE LA CRISIS

4.1 Precedentes históricos

Hasta hace tres décadas -por encima de enfrentamiento entre el modelo económico capitalista y socialista- existía un fundamental acuerdo acerca de una serie de postulados a los que se ha aludido más arriba: el mundo era una fuente inagotable de recursos; el desarrollo venía a consistir en el proceso seguido por los países "desarrollados"; dicho proceso era posible en todos los países del mundo; existía una correlación entre desarrollo y satisfacción de las necesidades fundamentales del hombre; como la racionalidad humana podía disponer absolutamente de una Naturaleza cuyas leyes de habían descubierto, el progreso de la humanidad se abría a un horizonte ilimitado.

Este discurso había sido puesto en duda a lo largo de todo el siglo XX desde diversas instancias. Finalmente, se ha puesto de manifiesto -como no han dejado de repetir ecologistas de uno y otro sector- que el desarrollo mismo escapa al dominio del hombre y que un desarrollo indefinido no puede ser sostenido con unos recursos naturales finitos. El descubrimiento del límite es el factor decisivo de la crisis de la Modernidad y la clave más importante y valiosa del "*pensar ecológico*" (Cfr. Ballesteros, J., 1985; 1991).

Las soluciones sectoriales y meramente tecnológicas se revelan insuficientes. Se impone la "reestructuración de las necesidades y la revisión de las jerarquías de valor imperantes" (Sosa, N.M., 1990, pág.77).

Muchos empiezan a reconocer que la crisis moral ambiental, "más que técnica o demográfica es ética y moral y que los problemas ecológicos no obedecen tanto a sistemas de producción, sino a valores y a actitudes humanas... Sería una necesidad desestimar la

urgencia de la situación pensando que la tecnología nos brindará las respuestas, cuando el problema básico no es tecnológico” (Álvarez, A.S., 1990, pág.81)

Tampoco parece satisfactorio pensar de manera un tanto simplista en la bondad o culpabilidad de las clases sociales y de las naciones. Los suecos no tienen culpa de ser suecos y los etíopes tampoco: seguramente unos y otros tienen necesidad de ser ayudados a mejorar moralmente, pero pensar que unas naciones son las buenas y otras las malas es ignorar que, más bien, la situación de explotador o explotado es una cuestión de oportunidad en la que se trasluce el egoísmo que late en cualquier hombre: la mayoría de los países exportadores de petróleo, y las ventajas de transformarse en un monopolio como es la OPEP, se han manifestado como unos explotadores con no más escrúpulos que aquellos a los que tanto criticaban (Carretero Alba, E. en AA.VV.:, 1980, pág. 66). La verdadera raíz de nuestras dificultades sociales y ecológicas provienen de no reconocer límites al poder del hombre y creer que todos los problemas son solubles por medio de la ciencia y la técnica.

4.2 Las raíces: la racionalidad tecnocrática y la civilización tecnológica

La tecnología no es neutra: “En toda sociedad organizada induce un conjunto de conceptos, de modelos de relaciones y de poderes que moldean nuestra forma de pensar” (Sosa, N.M., 1990, pág.85).

No hemos de caer sin embargo en el determinismo. El hombre, cada hombre, sigue siendo responsable de su configuración moral. La actitud depredadora de la naturaleza tiene su raíz en un modelo de racionalidad que sitúa al hombre –cierto tipo de hombre– como dominador absoluto, armado de un arsenal científico que se define como una forma privilegiada de poder –“*saber es poder*”–. F. Bacon, R. Descartes, N. Maquiavelo y T. Hobbes se hallan en los orígenes modernos de una mirada –un tajante pragmatismo– que no ve en el mundo más que el ámbito en el que se plasma y edifica la grandeza humana: el hombre vendría a ser superior porque posee un conocimiento eficaz; calcula las regularidades en el funcionamiento de los objetos de la naturaleza, puede predecirlas y manipularlas a voluntad.

¿Qué hace el hombre en el mundo desde este punto de vista? Se sirve de instrumentos con los que obtienen recursos y medios para los propósitos de su voluntad, una voluntad que no tiene otra referencia que sus mismas decisiones. Es una *racionalidad tecnocrática*; incapaz de amar nada distinto de sus propias determinaciones y proyectos,

ciega para reconocer valor propio a un mundo que no tiene otra función que plegarse sumisamente a sus disposiciones, brindándole los recursos que se precisen para ello.

Necesidades y deseos se homologan; sólo son “satisfacciones requeridas” en un momento dado. Todo alrededor –a su modo también la propia corporalidad: “hago con mi cuerpo lo que quiero”– se convierte en un medio disponible, sin otro valor por sí mismo, incluidas las demás personas.

El sentido de la vida estriba en consumir la propia autosuficiencia mediante la transformación del mundo. Es el “prometeísmo” del “*homo faber*”, del hombre que sólo se debe a sí mismo y es sólo para sí mismo, constituido en su propio creador, sin referencias religiosas o morales a las que hubiera de obedecer contra su voluntad.

La forma de civilización resultante es fruto de una aplicación que sólo responde a intereses y a acuerdos acerca de intereses (*contractualismo social*).

4.3 El consumismo: del valor al precio

Lo que no se logra directamente es accesible gracias al intercambio. Mercantilismo y productivismo son los motores del bienestar humano, único patrón y norma de endeble “calidad de vida” la única posible para el “*homo faber*”. Todo es tasado y medido según sus posibilidades de producción o su intercambiabilidad en el mercado. Las cosas –y a menudo no sólo las cosas, también las personas, despojadas de su dignidad inviolable– dejan así de tener *valor* y pasan a tener *precio*. Todo tiene a considerarse como una mercancía.

El éxito, constituido en meta de la vida, se traduce como placer (hedonismo) o como poder (utilitarismo). La vida aparece como un mecanismo mediante el que lograr el disfrute; el mundo, como un ámbito capaz de satisfacer ansias de dominio. El hombre, en expresión de Monod, se reduce a “una máquina que se construye a sí misma”; la ética no pasa de ser una mera “ciencia de las costumbres” y el progreso consiste en un desarrollo económico y técnico sin límites.

4.4 La naturaleza como “stock”. El consumidor consumido

Heidegger supo ver con décadas de anticipación la ambivalencia reductora de la técnica. A sus ojos, la naturaleza –medida por la mentalidad tecnológica– aparecía como un conjunto de objetos manipulables mediante la técnica, un mero propósito o “*stock*”: una única y gigantesca reserva de carburante; la selva es considerada como una reserva

de madera, la montaña es considerada como una cantera, el río como una fuerza hidráulica...

La técnica moderna –que viene a usurpar el lugar de la ontología metafísica- se hace agresiva, provoca a la naturaleza y le pide resultados, la explota buscando la rentabilidad más inmediata.

En medio de este conjunto, el hombre aparece como un mero productor y consumidor; un ser capaz de dominar –produce y consume–, pero que a la vez viene definido por sus necesidades y, en el fondo, está a merced de ellas. El hombre tecnificado se confunde con el mundo fabricado por él: crece con el despliegue colosal de la organización, de la información, de la automatización, el funcionalismo y del consumo. Es decir, *vale* mientras es útil, mientras sirve al mecanicismo, al sistema.

Pero hay aún otra paradoja: “Lo que llamamos poder del hombre sobre la naturaleza se revela como un poder ejercido por algunos hombre sobre otros hombres, siendo la naturaleza el instrumento... En el momento de la victoria del hombre sobre la naturaleza, encontramos a la raza humana sometida a ciertos individuos y, a su vez, a estos individuos sometidos a aquello que en ellos es “meramente natural”, a sus impulsos irracionales... la conquista final del hombre es la abolición del hombre” (Lewis, C.S., 1990).

En cuanto consumidor, el ser humana aparece como un eventual contrincante que pugna con los que concurren a su lado por la satisfacción de sus necesidades y deseos. *Usar y tirar* –y por lo tanto ser *usado*, ser *tirado*...– es la norma habitual de su conducta. Y la insolidaridad es el precio; la soledad y el desamparo espiritual, el tedio, su artificial y desesperanzado infierno. La naturaleza permanece como un escenario triste, inhóspito, exhaustivo... ya nadie diría que es su hogar: “*El desierto avanza. ¡Ay de aquellos que lo llevan adentro!*” (Nietzsche). Sus hijos difícilmente verán la vida. William Aiken, uno de los portavoces de la *deep ecology* ha llegado a escribir: “Una mortalidad humana masiva sería una buena cosa. Nuestro deber es provocarla. El deber de nuestra especie frente al medio ambiente es eliminar al 90 por 11 de nuestros efectivos” (cit. en A Berque, pp. 63 ss.) En el fondo, la insolidaridad con las futuras generaciones es consecuencia de una *esterilidad radical previa*.

5. FUNDAMENTACIÓN DE UNA ÉTICA ECOLÓGICA

5.1 *Primeras consideraciones*

Es explicable que la mentalidad depredadora del pragmatismo calculador haya conducido, no al mundo feliz soñado por la ilustración, sino a la marginación y al hambre de millones de hombres junto al despilfarro consumista de otros; a un desarrollismo autófago de negras perspectivas; y lo que es tal vez peor aún, a la incapacidad de sentir culpa y gratitud.

El hombre, en palabras del expresidente checo Vaclav Havel, no es “un amo omnipotente del Universo, al que le esté permitido hacer con impunidad lo que se le ocurra o lo que le convenga en el momento. El mundo en que vivimos está hecho de un tejido inmensamente complejo y misterioso del que conocemos muy poco y que debemos tratar con suma humildad” (ABC, 7-6-1992).

Las amenazas y daños al medio ambiente, aunque graves, no son el problema mayor. Son las consecuencias de algo más hondo: la actitud del hombre hacia el mundo, hacia la Naturaleza, hacia los otros seres humanos, hacia el propio ser.

“Si queda algo claro a estas alturas, es que la tecnología sola no basta para habérselas con el problema” (Ruiz de la Peña, 1987, pág.190). Dos son las principales dificultades para desarrollar una fundamentación suficiente, capaz de rescatar a la sensibilidad ecológica -y en el fondo a la humanidad misma- de sus actuales tribulaciones. En primer lugar, la complejidad de un posible modelo que dé cuenta de las implicaciones del problema y de las necesidades esenciales del hombre (Cfr. Tamames, R. 1985, cit. En Sosa, N.M., 1990, pág.81). La segunda es el silencio de las conciencias, una generalizada desertización moral que impide levantar clara y cierta una instancia ética capaz de dirigir los programas técnico-científicos, de estimular medidas políticas, y de conmover la responsabilidad personal de cualquier ser humano consciente de que lo es.

Por eso es también preciso volver de modo muy significativo la mirada hacia la educación: una educación *sobre* el medio ambiente, *en* el medio ambiente y *para* el medio ambiente, que desemboque en acciones tendentes al cambio de actitudes para conservar y cuidar el medio natural y social en el que habitan los seres humanos.

La educación medioambiental es en última instancia un empeño ético, moral. Es necesario insistir en que el discurso moral no es en modo alguno una injerencia extraña

en las tareas y actividades de los hombres, sino la consideración de una dimensión intrínseca de la vida y de la naturaleza de todo hombre, dimanante de su dignidad de persona.

5.2 *El sujeto ético. Persona y dignidad.*

Se plantea en primer lugar la determinación del sujeto ético, es decir, del protagonista y responsable de una actividad que promueva *el ser* enriqueciéndolo profundamente, mediante decisiones e iniciativas que generen vida y dignidad frente una cultura sembradora de muerte.

La persona se prolonga en sus acciones y es capaz de dotarlas de su sello ontológico. El obrar es expresión del ser. La riqueza interior de la persona, que puede disponer radicalmente de sí misma y de sus acciones tanto para su propia mejora como para su menoscabo -y para el del entorno que le rodea y condiciona en su vivir- confiere a sus acciones una trascendencia moral. La dignidad de la persona humana es la de alguien para quien vivir es a la vez *ser responsable de la vida*.

La persona es un ser capaz de aportar novedades y de asumir como propio lo que conoce y lo que realiza. No es *algo*, es *alguien*. Y por ello es portadora de un valor único, de una dignidad constitutiva. Ésta dignidad se expresa en un grado eminente de autoposesión y de apertura que incluye dimensiones fundamentales:

- a) *Inteligencia*: apertura al ser y posesión de la verdad
- b) *Libertad*: apertura y disponibilidad de sí con respecto al bien. Capacidad de autodeterminación responsable y bienhechora.
- c) *Sociabilidad*: apertura y capacidad de comunión libre y responsable con sus semejantes. Necesidad de *dar y recibir*.
- d) *Capacidad estética*: apertura a la belleza del mundo y de su propio ser.
- e) *Trascendencia*: apertura y tensión hacia un fin de plenitud que es al mismo tiempo el fundamento, el significado y la razón del ser y del actuar.

La *apertura personal* es una forma intrínseca de relación responsable. Todo ser humano, cada hombre o mujer, es capaz de autorrealización. Pero no se ha dado a sí mismo el ser. Su condición de sujeto personal, la realidad de su mismo entorno y el valor constitutivo de éste, le vienen *dados*. No es autosuficiente ni dominador absoluto de la realidad, de la naturaleza. Su apertura constitutiva implica al mismo tiempo efusividad y *dependencia*. No se basta a sí mismo, pero es responsable del contenido y de la orientación de su vida.

De la exigencia de plenitud que caracteriza a la libertad humana se siguen exigencias de reconocimiento o *derechos*, sin los cuales tal exigencia no podría ser adecuadamente satisfecha por cada sujeto. *La necesidad de dar exige disponer*. Y los derechos del hombre se derivan de su constitutiva obligación de disponer ordenadamente de sí mismo para su plenitud y para la de cuanto le rodea; son fruto de su responsabilidad originaria. Su libertad responsable no es creadora absoluta de valores, sino que se halla vinculada por obligaciones que encauzan su ejercicio para añadir *dignidad moral* a su radical *dignidad constitutiva*.

Cada hombre está obligado hacia sus semejantes, poseedores de su misma condición y dignidad básicas, por lo que no debe instrumentalizarlos o perjudicarlos como si fueran cosas para su utilidad. Los demás seres que rodean y que con su vida hacen posible la del hombre, poseen un valor propio e intrínseco, aunque subordinado a los derechos y deberes de éste. Son un medio, pero su existencia y su sentido no se reducen simplemente a serlo; no son meros recursos disponibles a voluntad. Las exigencias de plenitud que constituyen la naturaleza humana no deben ser satisfechas –y de hecho no pueden serlo– desestimando el valor de los seres que le rodean, de la entera Naturaleza y de las relaciones que constituyen el entramado de la realidad y de a vida, en las cuales todo hombre participa.

5.3 La relevancia moral de la Naturaleza

Cabe también la tentación de caer en alguna forma de *biocentrismo panteísta*, o incluso de animismo, convirtiendo a La Tierra, la Naturaleza, o la Vida en auténticos sujetos éticos e incluso en divinidades, ante los que la persona humana se desdibuja como sujeto para convertirse en “una cosa entre cosas”, en un mero componente o episodio, insignificante por sí mismo y en último extremo carente de verdadero valor frente a la totalidad del cosmos. Pueden incluirse aquí autores como Naes, Callicot o el español Ferrater Mora (Cfr. Sosa, N.M., 1990, pp.103 ss).

El biocentrismo pretende oponerse al antropocentrismo pragmático que ya hemos visto en Hobbes, pero que también está presente en el pensamiento de Marx, el positivismo, el malthusianismo o el neoliberalismo, entre otras posturas contemporáneas. Sin embargo, de hecho vienen a confundirse todos ellos cuando terminan minimizando el valor irrepitible de cada persona, anteponiendo los presuntos derechos de los animales, las especies o el planeta a los de seres humanos no nacidos o no útiles, o promoviendo medidas utilitaristas y manipuladoras de control demográfico. Ambas posturas –

biocentrismo y antropocentrismo- incurren en contradicciones muy patentes -los seres humanos serían depredadores y no tendrían derecho a imponerse sobre las demás especies, pero los débiles, por carecer de relevancia, pueden e incluso deben ser eliminados- por no disponer de una adecuada fundamentación de la dignidad humana y por desconocer el valor y a la vez la responsabilidad moral de la persona.

No obstante, que la estructura constitutiva de un ser no le capacite para disponer de sí mismo responsablemente, como es el caso de animales, plantas y entidades inertes, privándoles de derechos en sentido estricto, no significa que el hombre no posea deberes con respecto a ellos.

Si los animales -o las plantas- no tienen deberes tampoco tienen derechos. Pero aunque no sean sujetos libres y responsables de la calidad y orientación de sus acciones, ostentan indiscutiblemente una relevancia moral. Las obligaciones que se tiene hacia ellos no dependen de que ostenten derechos, sino del reconocimiento de su valor y de su carácter de bienes necesarios para el género humano. (Cfr. Álvarez, A.S., 1990, págs.90 y 91).

Por lo dicho, tampoco la Naturaleza -entendida como el conjunto de los seres vivos, sus hábitats y sus relaciones recíprocas- presenta *subjetividad moral*. La Naturaleza no puede ser en sí misma una referencia absoluta de moralidad. Muchos de sus procesos son ambivalentes; no pocos conllevan destrucción y amenazas. No por ello carece de significación y relevancia ética, por la esencial vinculación de dependencia que con ella guarda todo ser humano. La acción transformadora del hombre no debe ignorar ni despreciar a capricho los procesos y condiciones establecidas por la realidad ambiental y natural. "El ser humano, merced a las potencialidades de su tecnología, ha alterado profundamente el medio y su equilibrio, y ha intervenido y perturbado en alto grado la dinámica ecosistémica; siendo, como es, el único ser capaz de poseer un universo moral y de decidir su destino, una ética ecológica no supondría para él otra cosa que decidir ese destino *en solidaridad* con el mundo del que forma parte... Adoptar una actitud como ésta supone... reconocer valor *moralmente significativo* al universo no humano" (Sosa, N.M., 1990, pág.111).

Un *humanismo ecológico*, distante por igual de ambas posturas extremas, basado en la centralidad ontológica de la persona, reconoce en la naturaleza un *hogar común* en el que los hombres deben y necesitan vivir en armonía mutua y con su entorno, sin divinizar la Naturaleza, pero también sin minimizarla. La medida moral de su intervención en el

mundo viene dada por el grado de *habitabilidad* que esa intervención procura a todos y cada uno de los hombres. Y en última instancia se basa en la dignidad de las personas llamadas a habitar este mundo. Es precisamente la dignidad y el valor sin excepción de cada ser humano, necesitado de hogar y de morada, lo que llena de trascendencia moral el trabajo, el conocimiento y la dominación del mundo por parte del ser humano, y lo que establece sus justos límites, necesitados, por lo demás, de prudente determinación.

5.4 Calidad de vida y desarrollo humano

En el discurso de la *Ecoética* o ética ecológica se han introducido dos importantes categorías morales llamadas a orientar las reflexiones y la actuación práctica, pero que es preciso perfilar con rigor, ya que corren el peligro de convertirse en “*palabras-talismán*”, en tópicos de impreciso contorno, susceptibles de interpretaciones opuestas y de reducción a mera retórica.

La primera de ellas es la noción de *calidad de vida*. Su origen remoto se halla en los métodos de control de calidad utilizados en los procesos industriales (Cfr. Gracia, D: , 1984, pág. 411; AA.VV., 1980, *passim*), pasando después ser convertida en sinónimo de bienestar material, y expresándose en la práctica como “*riqueza per cápita*” en el ámbito social.

Esta versión pragmática de la calidad de vida ha de ser depurada si se pretende que oriente la actuación moral. Este concepto no puede sustituir sin más a la dignidad humana. Asumiendo, naturalmente, unos mínimos indispensables de orden material –de vivienda, alimentación, recursos ambientales físicos...–, la calidad de vida ha de ampliarse a formas de vida y de relación que permitan a todo ser humano expresar y manifestar en lo posible lo mejor de sí mismo y enriquecerse como persona en toda su fecundidad. A la persona no le basta la mera supervivencia. Su vida en medio del mundo reclama condiciones de acogida, seguridad, crecimiento moral y sentido. Son estas condiciones las que aportan auténtica *calidad humana* a su existencia, las que la dignifican y humanizan. Aunque carezca de salud o bienes materiales, toda persona posee una dignidad irreductible, que la hace merecedora directamente de solicitud preferente. El bienestar material es necesario, pero no suficiente para una vida digna del hombre. Como tal, representa una condición o ingrediente de la *calidad humana* de la vida, pero ni la agota en su contenido ni puede bastar como último fin o criterio de moralidad.

La adulteración del concepto de calidad de vida es uno de los rasgos más sobresalientes de la mentalidad consumista y de un desarrollismo económico empeñado

en el crecimiento a ultranza, sin límites, pero que acude a la explotación de recursos que sí los tienen, y genera desigualdades y dependencias abusivas. Según la diferente capacidad de consumo de los seres humanos se pueden producir injustas distinciones y distancias entre ellos. A esta misma manera de ver las cosas responden otros fenómenos de actualidad como el desequilibrio entre el norte y el sur del planeta, entre ciudadanos *integrados* –con poder adquisitivo– y *marginados*, la banalización de los valores morales al equiparar lo necesario y lo superfluo según las apetencias del deseo, la supervaloración de la técnica, del lucro, del placer o de la eficacia; la correlativa infravaloración de los valores morales como inspiradores de la vida pública, etc.

No caben en esta concepción de la vida proyectos globales y a largo plazo, pues al interesarse por la ganancia inmediata, se menosprecian los costes sociales, naturales y éticos que su obtención sacrifique. Se trata, por tanto, de establecer las adecuadas condiciones de un adecuado crecimiento que no se contraponga con la dignidad humana.

Esto ha dado origen a un nuevo modelo de desarrollo, denominado “*desarrollo humano*” o “*desarrollo sostenible*”. Este último término fue acuñado en 1987 por la Comisión Brundtland, de la ONU. Este modelo de crecimiento económico ha venido a constituir una categoría nuclear del pensamiento ecológico. La clave es mantener el desarrollo económico, pero de manera que concuerde con las necesidades del hombre y de la Naturaleza. Así es como Federico Mayor Zaragoza, entre otros, venía a caracterizar esta nueva consideración del desarrollo, hace algo más de una década:

- 1) *Integral*; abarcando necesaria e indispensablemente el ámbito cultural, el económico y el medioambiental
- 2) *Endógeno*; no indiferenciado, sino a partir de la situación de las necesidades y de las posibilidades concretas de cada pueblo y favoreciendo su protagonismo e identidad propia.
- 3) *Sostenible*; instaurando la disciplina del largo plazo, la visión de armonía y de conjunto. Lento, puesto que el crecimiento rápido es generador de nuevas dependencias entre pueblos. Asegurando el digno y libre desarrollo de las generaciones futuras. ¹

¹ F. MAYOR ZARAGOZA, Director Gral. UNESCO, Cfr. “La Universidad del Siglo XXI”, Congreso Internacional de Universidades, Actas. Editorial Complutense. Madrid, 1992. Conferencia inaugural, 13-7-1992. Págs. 13 ss.

5.5 Valores para una educación medioambiental

Los valores son especificaciones del bien, facetas de éste según los diferentes aspectos de la vida humana. Desde una recuperación de las raíces últimas de la dignidad de todo hombre, cabe precisar algunos rasgos esenciales de un género de vida que incorpore y propicie la armonía entre el hombre y su medio natural, fruto en el fondo de una solidaria convivencia entre los hombres.

Es precisamente la conciencia de la creciente interdependencia entre los pueblos, entre los hombres y entre todos los seres de la Naturaleza, lo que puede ayudar a ver el mundo como un hogar y un patrimonio común.

Desde estos presupuestos debe alzarse una propuesta educativa medioambientalista. Se trata de presentar conocimientos, de cultivar una sensibilidad, de ayudar al desarrollo de actitudes y criterios en las personas que les lleven a entender su vida en toda su extensión y hondura, y a comprometerse activamente con ella. Educar para construir y cuidar un universo habitable exige, en primer lugar, un paradigma pertinente. Es lo que hemos pretendido hacer hasta aquí.

De esta consideración, fundada sobre la dignidad irreductible de todo ser humano y sobre su responsable relación con su entorno natural, se derivan exigencias –y por lo tanto valores educativos- de:

- *Conocimiento y comprensión* de la complejidad y trascendencia del ámbito natural como dimensión inherente a la vida de relación que constituye la existencia humana
- *Respeto*. Admirar y usar los bienes y recursos sin despreciar su valor intrínseco ni reducirlos a meros objetos de explotación. Esto es especialmente importante con relación a la vida y dignidad de las personas.
- *Responsabilidad*. Consiste en asumir las exigencias del orden natural y humano y contribuir positivamente al bien común, a la configuración de un ambiente habitable y bienhechor, a la creación de formas de convivencia dignas y humanizadoras, poniendo la ciencia, la economía, y la técnica al servicio del hombre y de su armonía con el cosmos.
- *Solidaridad*, conciencia de la unidad moral y de las obligaciones que entraña la convivencia y el compartir un mismo patrimonio natural, económico y cultural, fruto de una cada vez más estrecha interdependencia. El dominio

humano de la tierra y de sus recursos conlleva una incancelable hipoteca a favor de la vida y de la libertad de desarrollo de las generaciones venideras.

– *Sobriedad* en la utilización de los recursos, no frente al aumento de la riqueza ni al desarrollo científico y tecnológico, sino frente al economicismo, al consumismo y al despilfarro.

– *Creatividad y magnanimidad*. Es preciso buscar nuevas salidas a los problemas actuales y anticiparse a los venideros. La existencia, la vida y la Naturaleza son un don para todos los hombres; su *lógica* no es el ni el utilitarismo, ni el igualitarismo o el cálculo de contrapartidas exactas e interesadas, sino la generosidad, que suscita la riqueza y la difunde con largueza y equidad.

– *Orden y esmero en el uso de los bienes*. Supone la aceptación de unas normas de convivencia, la disposición adecuada de las cosas y del tiempo, el cuidado de las cosas que se utilizan, personalmente y en común. No se trata sólo del orden material, acerca de las cosas, sino también del orden personal: Armonía, equilibrio interior, autodominio. El orden sirve de apoyo a los demás valores humanos, ayuda a aprovechar mejor las cosas y el tiempo, a ser más eficaz. Proporciona tranquilidad, seguridad, sosiego, evita contratiempos, imprevistos y esfuerzos innecesarios. Se relaciona con otros valores muy próximos, como son el dominio voluntario de sí mismo, la sobriedad, el buen gusto y la elegancia, la limpieza y la higiene.

– *Capacidad contemplativa*. Se trata de aprender a admirarse ante la belleza y el esplendor del orden natural y de su armonía, de su grandeza y sobreabundancia. De percibir y respetar activamente la riqueza profunda que supone sentirse partícipe de ese orden y agradecer el don que entraña para todos los seres humanos sin excepción.

Todas estas exigencias y valores suponen un cambio de aspiraciones que ha de inspirar y guiar estilos de vida y planteamientos educativos, actitudes y hábitos, en los que la conquista no se anteponga a la armonía, la técnica no se emancipe de la moral, y el tener no impida el crecimiento de las personas en su dignidad y el logro de los bienes más altos de la vida.

Pero necesitan fundarse en una fuente de dignidad superior a la voluntad humana; de no ser así, ni las generaciones futuras, ni quienes carecen de poder

adquisitivo o de otra índole, ni el entorno que hace posible la vida humana encontrarían amparo ni reconocimiento moral suficiente.

Una ética fundada tan sólo en un contrato social de reciprocidad, además de no rebasar el plano de las abstracciones y de no presentar términos reconocibles y permanentes, deja sin justificación los deberes morales más nobles, aquellos que requieren mayor grado de magnanimidad, desinterés y heroísmo, aquellos que generaciones pasadas tuvieron en cuenta y de las que nuestra generación puede beneficiarse.

Sólo la aceptación de que la dignidad humana se funda en una realidad que desborda lo manipulable puede hacer consciente a cada hombre y a cada mujer de su responsabilidad moral.

5.6 Visión cristiana del problema ecológico

La concepción del hombre y del mundo a la luz de la revelación cristiana se inscribe en el marco de la Creación y la Redención.

Punto de partida esencial de la visión cristiana es la afirmación de la bondad originaria de las criaturas, inscritas en un contexto de orden y armonía cuya fuente es la sabiduría y el amor gratuito de un Dios personal y creador absoluto. De no menor importancia es el dato del pecado, introducido en el mundo por el mal uso de la libertad humana, fruto de la soberbia y de la ambición de la criatura racional, y que atenta contra el orden de la creación, cuya bondad es restituida por nueva iniciativa de Dios, que entra en la historia humana apelando a la libertad del hombre, única criatura en la tierra a la que Dios ama por ella misma (Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*).

La criatura humana, persona a imagen u semejanza de Dios, ocupa un lugar central en la creación, que domina, y que debe cuidar y fomentar. El orden y la armonía de la creación han sido encomendados al hombre por Dios, como una ayuda para su propio perfeccionamiento y para lograr la comunión con Dios, que constituye su fin último.

Uno de los aspectos más preocupantes de la profunda crisis moral por la que el hombre atraviesa en la actual situación histórica, a caballo entre dos milenios, es, a los ojos de la Iglesia católica, el deterioro ambiental, cuyo signo más profundo y grave es la falta de respeto a la vida por un deseo exacerbado de tener y de gozar, expresado en el consumo excesivo y abusivo, y por la explotación de la naturaleza creada.

Algunos aspectos de este deterioro son: a) La prioridad conferida a la producción y a los intereses económicos sobre el bien de las personas y de pueblos enteros. b) Un falso concepto de progreso y de bienestar, que no eleva realmente la condición de todo ser humano y del hombre en su integridad, que agota los recursos del planeta y lo vuelve progresivamente inhabitable. c) Una temeridad de consecuencias imprevisibles: la manipulación arbitraria de los orígenes de la vida biológica.

La raíz de problema es, en el fondo, un error antropológico, consistente en que la capacidad dominadora y creativa del hombre se pone por encima de su dependencia respecto de Dios y de sus deberes hacia las demás criaturas y hacia sí mismo, debido a un afán de autosuficiencia que pone al hombre en el lugar de Dios, como señor de la vida y de la muerte.

La respuesta cristiana a la crisis moral que late tras las amenazas ecológicas se articula a partir de cuatro tesis fundamentales:

1ª) La centralidad de la persona humana en el orden de la creación.

2ª) La gratuidad como disposición básica entre los hombres y la naturaleza.

3ª) El respeto a la voluntad divina, manifestada en el orden del universo creado, y que implica la interdependencia de todas las criaturas.

4ª) El respeto de la naturaleza como herencia común, ofrecida a todos los hombres sin excepción, que implica la responsabilidad de cada hombre y mujer en el cuidado, la conservación y el perfeccionamiento del universo, así como la preocupación por favorecer la condición de las generaciones futuras.

Las condiciones que se requieren para la realización efectiva de estos postulados serían:

1ª) El establecimiento de relaciones pacíficas y solidarias entre los países desarrollados y los infradesarrollados, en el contexto de la causa universal de la paz y mediante la asunción de compromisos y obligaciones internacionales.

2ª) Afrontar directamente las formas estructurales de pobreza existentes en la actualidad.

3ª) Revisión radical de mentalidades y estilos de vida:

a) Actitud de conversión respecto del hedonismo, el consumismo, el armamentismo y el economicismo mercantilista, como fuentes directas de insolidaridad.

b) Educación en la responsabilidad ecológica: devolviendo a la familia su relevancia moral y social; promoviendo el aprecio por el sentido del valor de la persona humana y de la vida de todo ser humano y, como consecuencia, el precio de la preocupación social y ambiental; el cultivo de valores morales en la vida cotidiana, mostrando su trascendencia: espíritu de sacrificio, austeridad autodisciplina, generosidad, cuidado de las personas más débiles...

c) Recuperar en la ecuación y en el tejido cultural la dimensión contemplativa ante el valor estético de la naturaleza creada.

4ª) Desandar algunos caminos equivocados: confusión de la preocupación ecológica con un vago sentimiento o una veleidad indefinida, o como una excusa para la eliminación de seres humanos o políticas antinatalistas, eugenistas y eutanásicas, acabar con la ideologización de la ética ecológica y con el rechazo del mundo moderno mediante un imposible retorno al "paraíso perdido" .

6. CONCLUSIÓN. LA REBELIÓN DE LOS MUNDOS VITALES, HORIZONTE PARA UNA EDUCACIÓN MÁS ALLÁ DE LA MODERNIDAD

“¿Qué significa, en último extremo, el ecologismo, sino un reconocimiento de la presencia en el mundo natural de una teleología que ha de ser respetada y que actúa como límite a las posibilidades manipuladoras de la racionalidad científica y técnica? (Serna, P., 1987, pág.187)

Los complejos problemas medioambientales y sociales que ha suscitado el desarrollismo económico son objeto de multitud de estudio específicos. Pero las soluciones políticas y económicas que a menudo se demandan no serán satisfactorias si, como hasta ahora ha ocurrido con demasiada frecuencia, crean problemas más complejos que los que resuelven.

Decía Gandhi que la tierra puede alimentar la necesidad de todos los hombres, pero no su codicia. Y por eso la *reflexión ética* sobre la situación actual no puede ser eludida. Urge replantear los fines que persigue la actividad humana y las exigencias que han de satisfacerse para su adecuada consecución. Es preciso determinar con acierto lo que daña y lo que beneficia al hombre como tal. El entramado de relaciones que hace posible nuestra vida, es también una parte de nuestra vida.

La economía, la ciencia y la técnica, entre otras instancias y capacidades del hombre, no son ámbitos completamente autónomos. Son instancias de la vida humana y han de orientarse a su servicio. Dicha orientación es, precisamente, la ética. Un humanismo ecológico no puede renunciar a la elevación de la condición humana, que es la mejor definición del verdadero desarrollo. Pero ante la avalancha de las *tecnoestructuras* se hace preciso postular lo sencillo, reivindicar lo pequeño, optar por lo accesible a la responsabilidad de los individuos, defender y favorecer la vida humana en todas sus fases y condiciones, profundizar en los fundamentos y exigencias de la solidaridad con los hombre de la generación presente y los de las futuras, cuidar del patrimonio natural para conservarlo, mejorarlo y hacerlo cada vez más habitable y acogedor, respetando su sentido.

Tal manera de estar en el mundo implica una *tradicón viva*: edificar sobre los valioso que nos ha sido legado por generaciones pasadas, cuidar de la generación presente y trabajar para las futuras. Pero es preciso superar el *relativismo moral* y el *escepticismo* acerca de los últimos fundamentos de la existencia. Mientras estos perduren seguiremos moviéndonos sobre la vertiente inclinada del *nihilismo* al que nos han conducido la pretensión economicista y el narcisismo de la Ilustración. Tras la desertización provocada del planeta se halla la *desertización moral* del hombre.

Una educación medioambiental que se funde en la centralidad de la persona humana y en su responsabilidad hacia la coexistencia humana en el mundo ha de partir de las cuestiones de la vida cotidiana. Pero al ser humano no le basta para vivir con aire puro, praderas verdes, ríos incontaminados y alimentos sanos. Es preciso que el pensamiento y el humanismo ecológico conciban la necesidad imprescindible de una ecología humana, en la que se den las condiciones para que cada ser humano y todos los seres humanos desarrollen en plenitud su vida, viviendo en paz, acogiendo solidariamente y ayudando a los que carecen de recursos o energías para salir adelante, cuidando de la tierra y agradeciéndola. Configurando espacios de comunicación, libertad y armonía. Porque la naturaleza es para el ser humano un don y una tarea en los que necesita ser educado.

7. VOCABULARIO

Con el fin de ayudar a la comprensión del texto y de completar algunos aspectos de modo más sistemático, definimos a continuación algunos términos que, por ser quizás muy específicos, pueden ofrecer alguna dificultad al lector.

Antropocentrismo:

Postura que considera implícita o explícitamente, que el hombre es el ser supremo, el legislador máximo y creador de las normas morales, de la diferencia entre el bien y el mal, centro y señor del cosmos, y de los seres creados, con capacidad para dominarlos y utilizarlos arbitrariamente en su provecho. Es un criterio basado en la autosuficiencia del hombre y de su capacidad de dominio afectivo.

Biocentrismo:

Postura que sitúa en el centro del cosmos la totalidad de los seres vivos, cuyo conjunto –llámese Tierra, Vida o Naturaleza– se convierte en absoluto del orden moral, en el verdadero sujeto ético y relegando a los individuos humanos a un lugar irrelevante y relativo, propio de seres sometidos al todo cósmico y sin capacidad para configurar del sentido de su vida.

Calidad de vida:

Nueva categoría mora, que reúne las condiciones materiales, culturales y sociales necesarias para una vida digna del hombre. Ello implica el reconocimiento de dicha dignidad y de sus fundamentos, sin derivar hacia posturas reduccionistas que limitan la calidad de vida al mero bienestar económico y material. Más allá de la satisfacción de necesidades inmediatas, se extiende a condiciones de acogida y reconocimiento de la dignidad de todo ser humano, crecimiento moral y sentido.

Conservacionismo:

Posición enmarcada en el contexto de los movimientos ecologistas, nacida en Norteamérica a finales del siglo XIX, que trabaja por la protección de espacios naturales y de especies biológicas y promueve sobre todo la investigación naturalista y la adopción de medidas para la preservación del medio físico, como la creación de parques naturales, por ejemplo.

Consumismo:

Es una estrategia global de la economía que se ha convertido en una concepción global de la vida y del hombre, caracterizada por la identificación de la felicidad con el

“tener”, con una acumulación de bienes que relega a un segundo plano el crecimiento moral del ser humano. Obedece a un modo de entender la economía –producción y distribución de bienes necesarios para la vida de los hombres– en el que prima la producción sobre la satisfacción de necesidades *reales*: La producción a gran escala, pensada para ofrecer un mayor beneficio al productor, exige que los productos sean consumidos y que no se den excedentes.

Así, se estimula el consumo mediante la creación de necesidades artificiales y la circulación del dinero, dando a entender que quien más consume es más rico, vive mejor y es más feliz, y generando un sentimiento permanente de insatisfacción que impulsa continuamente a la demanda y adquisición de productos.

Es una manifestación del *economicismo* o preponderancia de los intereses económicos a la hora de juzgar lo que tiene valor y lo que no lo tiene.

“Crecimiento cero”

Frenar el crecimiento económico y demográfico por miedo a que en el futuro se agoten los recursos energéticos, se dispare la contaminación y crezca la población mundial sin posibilidad de disponer de medios suficientes para la supervivencia, ha sido la propuesta de algunos grupos de economicistas y científicos occidentales, que se ha traducido en la puesta en marcha de mecanismos políticos de control y disuasión, especialmente sobre los países menos desarrollados. Se pretende dejar en manos de los poderes económicos y políticos la posibilidad de dirigir y planificar totalitariamente la actividad de las personas destinadas a satisfacer sus necesidades y a configurar su vida familiar y social.

Desarrollo/Desarrollismo/Desarrollo sostenido:

El término “*desarrollo*” se aplica básicamente el crecimiento económico, significando el aumento de la producción y de la capacidad de consumo para el mayor número posible de hombres. En un sentido más amplio, debe entenderse como la elevación integral de la condición humana.

El *desarrollismo* es una concepción económica que propugna la necesidad de que la economía crezca indefinidamente y asegura que ello reportará la acumulación incesante y generalizada de bienes y servicios, con lo que el hombre será paulatinamente más feliz (la felicidad, a la que se identifica como “calidad de vida”, suele aquí entenderse como mero bienestar material). Se apoya para ello en el auge de la Tecnología y en sus posibilidades de potenciar y organizar a gran escala la operatividad humana. Este modo de entender el

crecimiento económico tienden a no considerar la relevancia moral de la naturaleza y del medio vital humano, así como a generar desigualdades entre personas y pueblos por sus posibilidades limitadas de acceder a él.

Para evitar los desequilibrios que un desarrollismo a ultranza viene a producir, se ha propugnado un tipo de *desarrollo humano y sostenido*, caracterizado por la visión global, armónica y a largo plazo, por un ritmo lento que permita la incorporación de todos los pueblos, y que, evitando el agotamiento de los recursos por una explotación exhaustiva, asegure el desarrollo digno y libre de las generaciones futuras.

Determinismo (social):

Negación filosófica de la existencia de la libertad humana, que atribuye la raíz de las determinaciones del hombre a factores y mecanismos que escapan a su autodominio, como pueden ser las presiones sociales, económicas y culturales del entorno.

Dignidad humana:

“Dignidad” significa un modo excelente de ser. La dignidad del ser humano es consecuencia de su ser personal (ver término “persona”); se trata de un valor natural absoluto, consistente en ser el sujeto de su propio existir, un ser único, irrepetible, capaz de hacer suyo lo que conoce y lo que desea, un yo. Esta nativa dignidad exige que ninguna persona sea considerada como medio o instrumento al servicio de otros fines. En este plano, por mucho que valga un hombre, nunca tendrá valor más alto que el de ser hombre.

Esta dignidad *ontológica*, inherente a todo ser humano con independencia de su cooperación, de sus méritos y deméritos, puede verse confirmada o no en el obrar humano. Si con su actividad libre el hombre se determina a sí mismo en función del bien, contribuyendo a su autoperfección, confiere a su dignidad ontológica originaria una dignidad *moral* añadida. La persona humana es un absoluto en el orden ontológico, pero no en el moral, donde son sus acciones y hábitos los que le hacen buena o mala persona, confirmando o repudiando su dignidad originaria.

Ecoética:

También llamada ética ecológica, es el estudio de las implicaciones morales del comportamiento humano sobre el medio ambiente, físico y social.

Economicismo:

Visión general de la economía, del trabajo y de la actividad humana, según la cual la persona es considerada como un elemento subordinado al sistema económico general, constituido por las leyes del mercado o por anónimas fuerzas de producción. De ello se sigue, tanto en la teoría como en la práctica, un modo de valorar las cosas y los acontecimientos en función de intereses económicos o exigencias del sistema socio-económico.

Manifestaciones de esta visión son posturas como el consumismo, el colectivismo y el mercantilismo capitalista. En ellas el trabajo, la vida humana y la persona misma quedan reducidas a simples mercancías –meros objetos de intercambio y negociación cuyo valor es relativo– o a episodios anónimos de la férrea legalidad económica

Escepticismo:

Negación de la existencia de la verdad y de la capacidad humana de llegar a conocerla.

Gratuidad:

Actitud caracterizada por una disposición a hacer el bien por propia iniciativa, sin buscar necesariamente contrapartida o beneficio. Expresión sobreabundante de una libertad que se constituye en donación de sí.

Hedonismo:

Postura que entiende que el sentimiento de placer y la satisfacción del propio deseo constituyen la felicidad máxima a la que el hombre puede aspirar.

“Homo Faber”

Concepto de hombre que define a éste por su hacer. El hombre se hace a sí mismo, lo que le diferencia de otras especies es su capacidad de transformar la realidad circundante y de lograr, mediante su dominio efectivo de dicha realidad, una cierta autosuficiencia.

Humanismo Ecológico:

Corriente que mantiene la centralidad del ser humano personal como sujeto ético, protagonista responsable de su comportamiento respecto a su medio vital, y portador de una dignidad originaria que supone el referente decisivo de la moralidad de dicho comportamiento, pero que reconoce también la dependencia del hombre respecto del

medio natural y la relevancia moral de éste. Se contrapone al *Antropocentrismo pragmático* y al *Biocentrismo panteísta*.

Ideología:

Interpretación de la realidad y del hombre elaborada en función de determinados intereses y que obedece a criterios de eficacia más que a criterios de verdad. Se busca, no su adecuación a una realidad previa, sino su efectiva instauración por imposición de una voluntad de poder.

Mercantilismo:

Postura que viene a extender los criterios y procedimientos del mercado, dominados por el conflicto y el acuerdo de *intereses* económicos, a los demás ámbitos de la vida humana. El *valor* que se atribuye a las cosas ya no es inherente a su naturaleza sino que, convertido en *precio*, es fijado circunstancialmente por las condiciones del intercambio.

Modernidad:

Etapas del pensamiento filosófico que, arrancando de las postrimerías de la filosofía medieval, se despliega con diferentes matices a través de distintas escuelas, corrientes y pensadores, con una orientación peculiar: la confianza en el poder dominador de la razón humana sobre el curso de la realidad y en su capacidad de imponer su legalidad creando un universo de valores.

Narcisismo:

Postura que mantiene que el sentido de la vida consiste en la consecución a ultranza del propio éxito. Es la desmesura en el aprecio y estima de sí mismo.

Naturaleza:

Es, en primer lugar, el modo de ser constitutivo de cada cosa, que le es dado originariamente y que le brinda su peculiar dinamismo. En este sentido hablamos de *la naturaleza de cada cosa*.

Se refiere este término también al conjunto estructurado y orgánico de seres que brindan al ser humano su ámbito de relaciones y su desarrollo vital. Hablamos así de *la Naturaleza* como del conjunto de los seres que constituyen el medio ambiente. No es simplemente el *lugar donde* el hombre vive, como en un escenario, sino *el conjunto de relaciones que el hombre mantiene* con otros seres –del que por tanto es parte integrante– y,

sobre el cual, pero también gracias al cual, pueden elevarse y reconocerse en su condición de insustituible de su propia entidad.

Neopositivismo:

Corriente filosófica, surgida a principios del siglo XX, que entiende que sólo la ciencia experimental presenta rango de conocimiento auténtico y que sólo los hechos susceptibles de verificación científica –experimental– están dotados de sentido. Además de estrechar sin motivo suficiente el ámbito del saber, no se justifica a sí mismo, puesto que el principio de verificación no es verificable a su vez.

Nihilismo:

Postura que no reconoce valor objetivo alguno en la realidad. Nada tiene valor o relevancia alguna en sí mismo.

Panteísmo:

Doctrina o postura que identifica a Dios con la totalidad de lo real.

Persona:

Individuo de naturaleza racional o espiritual. Es un ser al que se reconoce como *alguien* y no meramente como *algo*. Es un *yo*, una realidad única en su identidad, dotada de intimidad, fuente originaria de acciones en las que se prolonga y manifiesta. Capaz de conocerse a sí mismo, de tomar postura ante la realidad y de decidir por sí mismo el contenido y la orientación de su existencia y de su vida.

Pragmatismo:

Postura ética que da prioridad a la eficacia sobre la verdad. Desentendiéndose de lo que son en sí mismas las cosas y de su dignidad, el hombre pragmático considera verdadero sólo lo que responde y se adecua a sus deseos. Para él “el fin justifica los medios”.

Productivismo:

Planteamiento economicista que sostienen que el bienestar y la dicha humana son fruto de la capacidad productiva del sistema económico. Se trata a toda costa de cumplir los objetivos de producción establecidos de antemano. Pero pone a las personas al servicio de la productividad y la eficacia del sistema, invirtiendo la adecuada relación entre los fines y los medios: la economía es para el hombre y no el hombre para la economía.

Progreso/Progresismo:

“Progreso” significa cambio a mejor. En el curso de los acontecimientos históricos se ha querido ver en ocasiones un proceso de mejora incesante, debido al creciente dominio tecnológico. Esta forma de entender el tiempo y la historia es característica de la Ilustración o Iluminismo del siglo XVIII. De ahí se ha pasado a afirmar que todo lo posterior en el tiempo, por estar sujeto a un proceso imparable de civilización, es necesariamente superior y más perfecto que lo anterior. Esta última postura, que vincula el proceso histórico a la confirmación de determinadas posiciones ideológicas de ruptura con el pasado, recibe el nombre de “presentismo”.

Prometeísmo:

Concepción en la que el ser humano conquista por su actividad un grado de autosuficiencia tal que considera que se debe sólo a sí mismo y es sólo para sí mismo, al margen, sobre todo, de una divinidad a la que se concibe como rival o como obstáculo para la autoafirmación humana. Viene a ser una forma de antropocentrismo, presente por ejemplo en el pensamiento ilustrado.

Relativismo moral:

Actitud filosófica que niega la existencia de una verdad y de valores morales objetivos. Las acciones, las cosas y los acontecimientos tendrían en valor que cada cual les dé.

Relevancia moral:

Es una cualidad propia de determinados seres, consistente en no ser arbitrariamente manipulables, debido al valor innato que es propio de su modo constitutivo de ser, o al adquirido por su vinculación a la vida y dignidad de los seres humanos. Admite grados y su cúspide viene a situarse en la dignidad de los seres personales.

Sociabilidad:

Dimensión constitutiva de la persona, consistente en la apertura originaria y perfectiva a la relación con sus semejantes, caracterizada por la necesidad de dar (efusividad) y de recibir (dependencia) de ellos en todos los órdenes de la vida. Esta apertura lleva a compartir la propia vida, a convivir, enriqueciendo la propia identidad mediante la comunicación interpersonal.

Tecnocrática (racionalidad)

Modo de entender y de organizar la existencia humana caracterizado por la disponibilidad de medios sofisticados y de sistemas de organización complejos para el logro de los objetivos sociales y vitales. Pero se da el hecho de que tales objetivos, a su vez, son formulados según las exigencias de la compleja red de medios arbitrados bajo el signo supremo de la eficiencia y del control

Tecnoestructuras:

Sectores de la vida social en los que domina la lógica de la sistematicidad y la programación a gran escala con vistas a la consecución de objetivos. Son fundamentalmente dos: el Estado y el Mercado. Se les achaca impersonalidad.

Tecnología:

Estudio y aplicación de procedimientos mediante los cuales se potencia la producción sistemática de bienes y servicios.

Teleología:

Dimensión constitutiva de la naturaleza y de la realidad por la cual se da una capacidad y tendencia originarias en determinados seres a una cierta plenitud o perfeccionamiento.

Trascendencia (de la persona humana)

Se entiende aquí como una dimensión constitutiva de la persona humana, consistente en la necesidad de orientación y de sentido que requieren la existencia y la vida del hombre. La conciencia de la ordenación del propio vivir hacia un fin último, la necesidad de un sentido para la propia subjetividad irrepetible.

Utilitarismo:

Teoría y postura moral que reduce el bien a lo útil. Sólo lo útil merece ser tenido por bueno y deseable.

Valores Morales:

Son especificaciones del bien moral, aspectos de éste que, en cuanto deseables, presentan el carácter de ideales, y que se ponen de manifiesto en el comportamiento humano en forma de disposiciones adquiridas o virtudes, vertebrando así la personalidad moral y la cualificación ética de la persona humana.

Voluntad de Poder:

Deseo efectivo que busca, no determinados fines cuya bondad se advierte, sino tan sólo la imposición a ultranza de la propia postura o interpretación de la realidad. Es un querer que, en rigor, sólo se quiere a sí mismo. Está presente en el trasfondo del pensar ideológico.

8. BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. (1975) *Presente y futuro del medio humano*. CECSA. México.
- AA. VV. (1978) *Calidad de vida y medio ambiente*. Ed. Deusto. Bilbao.
- AA.VV. (1980) *La calidad de la vida en el proceso de humanización*. Ed. Medio Ambiente. Madrid.
- AA. VV. (1981) *Para Schumacher*. Blume. Madrid.
- AA.VV. (1991) *Ecología y creación*. Univer. Pontif. Salamanca.
- Actas del Congreso Internacional de Universidades. 1992. Edit. Complutense. 1992.
- ALVAREZ, A.S. (1990) "Respuesta ética al desafío ecológico", en Revista *Naturaleza y Gracia*, 37, pp. 81-104.
- BALLESTEROS, J. (1985) "Hacia un modo de pensar ecológico", en *Anuario Filosófico*, XVII-2, pp. 169 ss.
- (1995) *Ecologismo personalista*. Tecnos, Madrid.
- CARRETERO ALBA, e. (1980) "Bases para una ecología humana", en AA. VV. (1980) ob. cit., pp. 9-77.
- CLARK, C. (1975) *El mito de la sobrepoblación*. Monteávila, Caracas.
- (1977) *El aumento de la población*. Emesa. Madrid.
 - (1980) *Las condiciones del progreso económico*. Alianza. Madrid.
- DALY, H. (1991) "Criterios operativos para el desarrollo sostenible", en *Debats*, 35-36. pp. 39 ss.
- DELIBES, M. (1979) *Un mundo que agoniza*. Plaza y Janés. Barcelona..
- D'ENTREMONT, A. (1984) "Dossier: Conferencia de la población de México", en *Nuestro tiempo*, 363, pp. 8-47.
- (1991) "La población, una vez más", en *Nuestro Tiempo*, 439/440, pp. 105-121
 - (1994) "La ONU y la ideología neomalthusiana", en *Nuestro Tiempo*, 484, pp. 70-71.
- DERRICK, CH. (1987) *La creación delicada*. Encuentro, Madrid.
- DEVALL- SESSIONS (1989): *Ecología profunda. Vivere come se la natura fosse importante*. Abele. Turín.
- DUPUY, J-P. - ROBERT, J. (1979) *La traición de la opulencia*. Gedisa. Barcelona.
- FERRER, M. (1973) *La explosión demográfica*. Salvat, Barcelona.
- FERRER, U. (1993): "Los deberes con la naturaleza y con la vida no humana", en Luis M. Pastor (ed.) *Cuesti" ones de Antropología y bioética*. Universidad de Murcia.
- GONZÁLEZ BERNADEZ, F. (1985) *Invitación a la ecología humana*. Tecnos. Madrid.

- HERNÁNDEZ, A.J. (1986) "La armonía entre el hombre y el entorno", en *Crítica*, 738, pp. 27-31.
- JUAN PABLO II (1989) "Paz con Dios. Paz con toda la creación" (Mensaje 8 diciembre)
- (1991) Encíclica *Centessimus Annus*, nn. 37-39.
- LEWIS, C.S. (1990) *La abolición del hombre*. Encuentro. Madrid.
- LOMBORG, BJORN (2003) *El ecologista escéptico*. Espasa Calpe, Madrid.
- LLANO, A.. (1984) "¿Hacia una nueva sensibilidad?", en *Nuestro Tiempo*, 362, pp. 108-115.
- MARGALEF, R. (1974) "Ecología, entre la ciencia y el tópico", en AA.VV. *Desarrollo económico y medio ambiente*. Banco Urquijo, Barcelona.
- MARÍAS, J. (1974) "Ecología y circunstancia humana", en *La justicia social y otras justicias*. Seminarios y Ediciones, S.A. Madrid, 78-80.
- MARTÍN, S. (1989) "Ecología: algo más que una ciencia", en *Razón y Fe*, 219, pp. 184-191.
- NAVAL, C. - LASPALAS, J. (eds.) (2000) *La educación cívica hoy: una aproximación interdisciplinaria*. Eunsa, Pamplona.
- OLIVIER, G. (1981) *La ecología humana*. Oikos-Tau, Barcelona.
- PAMPILLÓN, R. (1989) "Población mundial y subsistencia", en *Boletín de Estudios Económicos*, 127, VIII.
- PÉREZ ADÁN, J. (1992) "El pensamiento ecológico de Juan Pablo II", en AA.VV. *Estudios sobre la Encíclica Centesimus Annus*. Unión Editorial, Madrid, 1992.
- (1994) "Los imperativos ecológicos de un nuevo paradigma", en *Atlántida*, n. 16.
- RUIZ DE LAPEÑA, J.L. (1987) *Teología de la creación*. Sal Terrae, Santander, 2ª ed.
- RUIZ RETEGUI, a. (1987) "Fundamentos éticos de la relación del hombre con la naturaleza", en VV.AA. *Deontología Biológica*. Universidad de Navarra. Pamplona.
- SAUVY, A. (1991) *La población: su evaluación, movimientos y leyes*. Oikos.Tau, Barcelona.
- SCHUMACHER, E.F. (1982): *Lo pequeño es hermoso*. Blume, Madrid.
- SOSA, N.M. (1990) *Ética ecológica. Necesidad, posibilidad, justificación y debate*. Libertarias. Madrid.
- (1991) "Ecologismo y ecología: un nuevo paradigma", en AA.VV, *Ecología y creación*, op. cit., pp. 59-103.
- TAMAMES, R. (1985) *Ecología y desarrollo. Polémica sobre los límites al desarrollo*. Alianza, Madrid, 5ª ed.
- TAPIA, F.-TOHARIA, M. (1995) *Medio ambiente: ¿alerta verde?* Acento Editorial, Madrid.
- VALLARINO, E. (1984): "La ruptura ecológica. Problemas ambientales de la civilización actual", en *Razón y Fe*, 1026, pp. 248-261.

YEPES STORK, R. (1990): "El alcance de las ideas ecologistas", en *Aceprensa*, n. 58.

ZURFLUH, A. (1994) *¿Superpoblación?*, Rialp. Madrid.

9. ANEXO: PROPUESTA DE ACTIVIDADES

A continuación se ofrecen algunos textos representativos para trabajar en el aula u otros ámbitos la problemática que aquí nos ocupa. A través de algunas preguntas sencillas se pueden sugerir pautas para la confrontación crítica y valorativa, para aprender a juzgar hechos y posturas con sentido crítico en función de la dignidad humana. Es precisamente esa dignidad la que, de un modo u otro, se halla presente a lo largo de todas estas páginas, las cuales sólo pretenden ser, en el fondo, una invitación a una verdadera experiencia ética y educativa.

1) “Llamamiento de Heidelberg”.

(Firmado por 264 científicos e intelectuales, entre ellos 52 Premios Nobel. *Le Figaro*, 1 junio 1992).

“Nosotros, los abajo firmantes, miembros de la comunidad científica e intelectual internacional, compartimos los objetivos de la Cumbre de la Tierra que se llevará a cabo en Río de Janeiro bajo los auspicios de las Naciones Unidas y nos adherimos a los principios de la presente declaración.

Expresamos nuestra voluntad de contribuir plenamente a la preservación de nuestra herencia común, la Tierra.

No obstante, nos inquietamos al asistir, en el alba del siglo XXI, a la emergencia de una ideología irracional que se opone al progreso científico e industrial y daña al desarrollo económico y social.

Afirmamos que el estado de la naturaleza, a veces idealizado por movimientos que tienen tendencia a referirse al pasado, no existe y probablemente no ha existido nunca desde la aparición del hombre en la biosfera, en la medida en que la humanidad ha progresado siempre poniendo a la naturaleza a su servicio, y no a la inversa.

Nos adherimos totalmente a los objetivos de una ecología científica orientada sobre la consideración, este control y la preservación de los recursos naturales.

No obstante, pedimos formalmente por el presente llamamiento que esta consideración, este control y esta preservación se funden sobre criterios científicos y no sobre prejuicios irracionales.

Subrayamos que multitud de actividades humanas esenciales precisas la manipulación de sustancias peligrosas o se realizan en proximidad de esas sustancias, y que el progreso y el

desarrollo reposan desde siempre sobre un dominio creciente de esos elementos hostiles, para el bien de la humanidad.

Consideramos, en consecuencia, que la ecología científica no es sino la prolongación de ese progreso constante hacia condiciones de vida mejores para las generaciones futuras.

Nuestra intención es la de afirmar la responsabilidad y los deberes de la ciencia hacia la sociedad en su conjunto.

Sin embargo, ponemos en guardia las autoridades responsables del destino de nuestro planeta contra toda decisión que se apoyara sobre argumentos pseudo-científicos o sobre datos falsos o inadecuados.

Atraemos la atención de todos sobre la absoluta necesidad de ayudar a los países pobres a alcanzar un nivel de desarrollo durante y en armonía con el del resto del planeta, de protegerles contra perjuicios provenientes de las naciones desarrolladas y de evitar encerrarles en una red de obligaciones irrealistas que comprometerían a la vez su independencia y su dignidad.

La mayores males que amenazan a nuestro planeta son la ignorancia y la opresión y no la ciencia, la tecnología y la industria, cuyos instrumentos, en la medida en que son administrados de forma adecuada, son útiles indispensables que permitirán a la humanidad poner fin, por sí misma y para ella misma, a azotes tales como la superpoblación, el hambre y las pandemias”.

Pauta para el comentario: a) ¿Qué dice el texto? b) ¿Por qué lo dice? c) ¿Qué valoración -razonada- nos merece?
--

2) Río y el nuevo milenio.

Por Vaclav Havel. (ABC, 7-6-1992, p.62)

“La Conferencia de las Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo está transcurriendo dos años después del hundimiento del sistema totalitario comunista. Aquel sistema, uno de los más monstruosos de la Historia, no sólo destruyó a las personas y a sus almas, sino también la Naturaleza.

Vivo en un país que sufre graves problemas de medio ambiente y que es uno de los mayores contaminantes de Europa. Gran parte de nuestros bosques está pareciendo, uno se echaría atrás antes de meter un dedo en el agua de nuestros ríos y hay zonas en las que la gente apenas puede respirar; en esas zonas las personas mueren más jóvenes que en las demás y los niños nacen enfermos. Algunas partes de mi país se han convertido en algo semejante a un paisaje lunar.

Puedo citar diversas razones por las que Checoslovaquia se encuentra en esta situación. Nuestra economía, subordinada durante decenios a los intereses estratégicos y militares de la Unión Soviética, era una calle de dirección única; se dirigía hacia el crecimiento de la producción, sin atención a la calidad ni a la comercialización de los productos, al consumo de energía ni a los efectos del medio ambiente.

El régimen entonces imperante tomaba la producción per cápita de cemento y de acero como prueba de su propia indispensabilidad, como síntoma de prosperidad y de desarrollo social. Aquel sistema, basado en una despiadada explotación del pasado y el futuro a expensas del presente, se aprovechó descaradamente del hecho de que la conciencia ecológica no existía o se la sofocaba y relegaba a la periferia de las preocupaciones públicas.

Lo más importante era dar a la gente unos salarios decentes y lo suficiente para comer, a fin de evitar que se rebelara. Se derrocharon los recursos naturales, faltaban inversiones en tecnología eficaz y moderna, y no se permitía la libre discusión de las consecuencias de semejante conducta. “Después de nosotros, el diluvio”, era el principio subyacente.

Pero, con todo, ese no es el problema mayor. Esas no son sino las consecuencias de algo que va más hondo que todo ello: la actitud del hombre hacia el mundo, hacia la Naturaleza, hacia los otros seres humanos, hacia su propio ser.

Esas son las consecuencias de la ideología marxista, las consecuencias de la arrogancia del hombre moderno, que cree entenderlo todo y saberlo todo, que se erige en amo de la Naturaleza y del mundo, que asume ser el único que los entiende, y para cuyo beneficio existe este Planeta. Ese era el pensamiento del hombre, que se negaba a reconocer nada por encima de él, nada más elevado que él mismo.

Involuntariamente, incluso el término “medio ambiente” puede ser producto de este antropocentrismo. Da a entender que aquello que no sea humano no es más que algo que envuelve al hombre, unos entornos que son inferiores a él y que él debe atender y desarrollar a su propia imagen. Nada más que la arrogancia de un pretendido amo del mundo y propietario supremo de la razón podría haber producido el erróneo concepto de que la vida, la economía –el mundo entero– pueden ser dirigidos desde un solo centro por un solo planificador.

La Conferencia de Río de Janeiro se celebra en un momento insólito. El comunismo ha caído y ha dejado de existir la división bipolar del mundo entre Este y Oeste. Se va diciendo con más frecuencia cada vez que puede estar desarrollándose una nueva polarización entre los ricos países del Norte y los pobres del Sur.

Esta dicotomía refleja el tema de la Conferencia de Río –Medio ambiente y desarrollo– de forma bastante desdichada. El tema real de la Conferencia no es ni el medio ambiente sólo ni el desarrollo en sí mismo: es la combinación de los dos, con el acento cargado sobre la “y”.

Pero hay muchos que ven las dos cosas por separado, como si los Estados del Norte se preocuparan en primer lugar y sobre todo del medio ambiente, mientras que los del Sur buscaran primordialmente el desarrollo. En medio de la penosa búsqueda de un nuevo orden mundial, parece una tarea casi sobrehumana alcanzar el equilibrio entre esos puntos de vista.

A los Estados del Sur les resulta difícil superar su desconfianza hacia el Norte. Creen que los países septentrionales deberían comprender por fin que las pautas de producción y consumo actuales, además de no ser sostenibles, son la causa principal de la amenaza a la que se enfrenta el ecosistema, y que, por consiguiente, los Estados septentrionales tendrán que aceptar buena parte de la culpa por la degradación del medio ambiente en los países más pobres.

Tienen derecho a esperar que los países septentrionales cambien su pródiga forma de vida y ayuden también a otros países a encontrar un camino hacia el desarrollo sostenible. Si no encuentran la comprensión que esperan, se sentirán defraudados.

Los Estados septentrionales, a su vez, señalan que están dando ya al Sur una ayuda financiera considerable, que esta ayuda no se utiliza con eficiencia ni se distribuye equitativamente, y que a veces incluso se pierde en las cajas de caudales de quienes no la necesitan los países afectados. Además, los países septentrionales hacen frente a una recesión mundial y no muestran muchos deseos de movilizar recursos financieros nuevos o aumentarlos.

Muchos países poscomunistas –y Checoslovaquia– en particular– se encuentran en una posición especial en la cuestión Norte–Sur.

No hace más que cincuenta años, mi país era uno de los Estados más avanzados del mundo. Teníamos una industria moderna, una población instruida y experta y una política de beneficencia modelo. Cuarenta años de régimen comunista bastaron para rebajar económicamente a Checoslovaquia hasta el nivel de ciertos países meridionales. Hemos sufrido la amarga experiencia de una tremenda decadencia para la que difícilmente encontraremos un paralelo en la historia moderna.

Tenemos muchos problemas en común con el llamado Tercer Mundo y nos volvemos hacia los Estados más avanzados en busca de ayuda. Mientras tanto, muestra forma de pensar es todavía la del Norte industrial avanzado y tenemos una oportunidad bastante buena de reparar pronto las pérdidas. Tal vez por ello capaces de ver las cosas desde ambos lados, quizá por ello sabemos que cualquier forma de acción aislada sugerida por un lado o por el otro no sería la solución.

La única solución está indicada por la conjunción “y”. Se encuentra en la combinación del crecimiento económico y del respeto al medio ambiente. Esta ha sido la esencia del concepto de desarrollo sostenible que adelantó hace cinco años la Comisión Brundtland (así llamada por Gro Harlem Brundtland, la primera ministra noruega) y que está en la agenda de la Conferencia de Río. En otras palabras, la clave es mantener el desarrollo económico, pero hacerlo de manera que sea en concordancia con las necesidades del hombre y de la Naturaleza.

No es ésta una tarea únicamente técnica, económicamente o ecológica. Esta empresa tremenda tiene una dimensión moral y espiritual. La era pasada nos ha enseñado a nosotros, supervivientes del régimen totalitario, una lección muy buena: que el hombre no puede mandar sobre el viento y la lluvia, como en tiempos prometía una canción de propaganda en mi país.

El hombre no es un amo omnipotente del Universo, al que le esté permitido hacer con impunidad lo que se le ocurra o lo que le convenga en el momento. El mundo en el que vivimos está hecho de un tejido inmensamente complejo y misterioso del que conocemos muy poco y que debemos tratar con suprema humildad.

Miro hacia Río con la esperanza de que la Conferencia llevará a cabo la difícil tarea que tiene que emprender y que encontrará la forma de resolver todos los delicados temas pendientes, de manera que el mundo, en el umbral del nuevo milenio, pueda eliminar lo que divide a los pueblos y cree las condiciones para una verdadera cooperación entre todos ellos.”

Pauta para el comentario: a) ¿Qué dice el texto? b) ¿Por qué lo dice? c) ¿Qué valoración -razonada- nos merece?
--

3) “Después de todo, quizás seamos hermanos”. Carta del jefe indio Seattle al presidente de los Estados Unidos

En 1854 el “Gran Jefe Blanco de Washington” hizo una oferta por una gran extensión de tierras indias, prometiendo crear una reserva para el pueblo indio. La respuesta del Jefe Seattle ha sido descrita como una bella y profunda declaración ecológica sobre el medio ambiente.

La carta del jefe indio Seattle al presidente de los Estados Unidos nos muestra, entre otras cosas, la impresión que produce el mercantilismo occidental, implícito en la oferta de compra sobre las tierras indias, a un hombre de diferente mentalidad.

- 1) *¿En qué lugares del texto se manifiesta el contraste entre ambas mentalidades?*
- 2) *¿Qué rasgos definen la actitud del piel roja ante el mercantilismo?*
- 3) *Comentar el párrafo siguiente:*

“Sabemos que el hombre blanco no comprende nuestro modo de vida. Él no sabe distinguir entre un pedazo de tierra y otro, ya que es un extraño que llega de noche y toma de la tierra lo que necesita. La tierra no es su hermana sino su enemiga, y una vez conquistada, sigue su camino dejando atrás la tumba de sus padres sin importarle”.

Pauta para el comentario: a) ¿Qué dice el texto? b) ¿Por qué lo dice? c) ¿Qué valoración –razonada– nos merece?

- 4) *¿Qué fundamento puede concederse a las expresiones: “Esta tierra es sagrada para mi pueblo”... “Las flores, el venado, el caballo, la gran águila, estos son nuestros hermanos”*
- 5) *La última frase del texto afirma: “Termina la vida y empieza la supervivencia”. ¿Qué diferencia existe entre “vivir” y “sobrevivir” para el ser humano? Razona tu respuesta*

“ ¿Cómo se puede comprar o vender el firmamento ni aún el calor de la tierra? Dicha idea nos es desconocida.

Si no somos dueños de la frescura del aire ni del fulgor de las aguas, ¿cómo podrán ustedes comprarlos?

Cada parcela de esta tierra es sagrada para mi pueblo, cada brillante mata de pino, cada grano de arena en las playas, cada gota de rocío en los bosques, cada altozano y hasta el sonido de cada insecto es sagrado a la memoria y al pasado de mi pueblo. La savia que circula por las venas de los árboles lleva consigo las memorias de los pieles rojas.

Los muertos del hombre blanco olvidan su país de origen cuando emprenden sus paseos entre las estrellas, en cambio, nuestros muertos nunca pueden olvidar esta bondadosa tierra, puesto que es la madre de los pieles rojas. Nunca podemos olvidarla porque ella es parte de nosotros. Las flores perfumadas son nuestras hermanas, el venado, el caballo, la gran águila, esos son nuestros hermanos. Las escarpadas peñas, los húmedos prados, el calor del cuerpo del caballo y el hombre, todos pertenecemos a la misma familia. Por toro ello, cuando el Gran jefe Blanco de Washington nos envía el

mensaje de que quiere comprar nuestras tierras, nos está pidiendo demasiado. También el Gran Jefe nos dice que nos reservará un lugar en el que podamos vivir confortablemente entre nosotros. El se convertirá en nuestro padre y nosotros en sus hijos. Por ello consideramos su oferta de comprar nuestras tierras. Ello no es fácil, ya que esta tierra es sagrada para nosotros.

El agua cristalina que corre por ríos y arroyuelos no es solamente el agua, sino también representa la sangre de nuestros antepasados. Si les vendemos nuestra tierra deben recordar que es sagrada, y a la vez deben enseñar a sus hijos que es sagrada, y que cada reflejo fantasmagórico en las claras aguas de los lagos cuenta los sucesos y memorias de las vidas de nuestras gentes. El murmullo del agua es la voz del padre de mi padre.

Los ríos son nuestros hermanos y sacian nuestra sed; son portadores de nuestra canoas y alimentan a nuestros hijos. Si les vendemos nuestra tierras, ustedes deben recordar y enseñar a sus hijos que los ríos son nuestros hermanos y también lo son suyos, y por lo tanto, deben tratarlos con la misma dulzura con que se trata a un hermano.

Sabemos que el hombre blanco no comprende nuestro modo de vida. él no sabe distinguir entre un pedazo de tierra y otro, ya que es un extraño que llega de noche y toma de la tierra lo que necesita. La tierra no es su hermana sino su enemiga, y una vez conquistada, sigue su camino dejando atrás la tumba de sus padres sin importarle.

Les encuentra la tierra a sus hijos. Tampoco le importa. Tanto la tumba de sus padres como el patrimonio de sus hijos son olvidados. Trata a su madre, la tierra, y a su hermano, el firmamento, como objetos que se compran, se explotan y se venden, como ovejas o cuentas de colores. Su apetito devorará la tierra dejando atrás sólo un desierto.

No sé, pero nuestro modo de vida es diferente al de ustedes. La sola visita de sus ciudades apenas los ojos del piel roja. Pero quizás sea porque el piel roja es un salvaje y no comprende nada.

No existe un lugar tranquilo en las ciudades del hombre blanco, ni hay un sitio donde escuchar cómo se abren las hojas de los árboles en primavera o cómo aletean los insectos. Pero quizás también esto debe de ser porque soy un salvaje que no comprende nada. El ruido parece insultar nuestros oídos. Y, después de todo, ¿para qué sirve la vida si el hombre no puede escuchar el grito solitario del chotacabras n las discusiones nocturnas de las ranas al borde de un estanque? Soy un piel roja y nada entiendo. Nosotros preferimos el suave susurro del viento sobre la superficie de un estanque, así

como el olor de ese mismo viento purificado por la lluvia del mediodía o perfumado con aroma de pinos.

El aire tiene un valor inestimable para el piel roja, ya que todos los seres comparten el mismo aliento: la bestia, el árbol, el hombre, todos respiramos el mismo aire. El hombre blanco no parece consciente del aire que respira, como un moribundo que agoniza durante muchos días es insensible al hedor. Pero si les vendemos nuestras tierras deben recordar que el aire nos es inestimable, que el aire comparte su espíritu con la vida que sostiene. El viento que dio a nuestros abuelos el primer soplo de vida, también recibe sus últimos suspiros. Y si les vendemos nuestras tierras, ustedes deben conservarlas como cosa aparte y sagrada, como un lugar donde el hombre blanco puede saborear el viento perfumado por las flores de las praderas.

Por ello consideramos su oferta de comprar nuestras tierras. Si decidimos aceptarla, yo pondré condiciones: el hombre blanco debe tratar a los animales de esta tierra como a sus hermanos. Soy un salvaje y no comprendo otro modo de vida. He visto a miles de búfales pudriéndose en las praderas, muertos a tiros por el hombre blanco desde un tren en marcha. Soy un salvaje y no comprendo cómo una máquina humeante puede importar más que el búfalo al que nosotros matamos sólo para sobrevivir.

¿Qué sería del hombre sin animales? Si todos fueran exterminados, el hombre también moriría de una gran soledad espiritual, porque lo que les sucede a los animales también le sucederá al hombre. Todo va unido.

Deben enseñar a sus hijos que el suelo que pisan son las cenizas de nuestros abuelos. Inculquen a sus hijos que la tierra está enriquecida con las vidas de nuestros semejantes, a fin de que sepan respetarla. Enseñen a sus hijos que nosotros hemos enseñado a los nuestros que la tierra es nuestra madre. Todo lo que le ocurra a la tierra les ocurrirá a los hijos de la tierra. Esto sabemos: la tierra no pertenece al hombre; el hombre pertenece a la tierra. Esto sabemos: todo va unido, como la sangre que une a una familia. Todo va unido. El hombre no tejió la trama de la vida; él solo es un hilo. Lo que hace con la trama se lo hace a sí mismo. Ni siquiera el hombre blanco, cuyo Dios pasea y habla con él de amigo a amigo, queda exento del destino común. Después de todo, quizás seamos hermanos. Ya veremos. Sabemos una cosa que quizás el hombre blanco descubra algún día: nuestro Dios es el mismo Dios. Ustedes deben pensar ahora que El les pertenece, lo mismo que desean que nuestras tierras les pertenezcan, pero no es así. Él es el Dios de los hombres y su compasión la comparten por igual el piel roja y el hombre blanco. Esta

tierra tiene un valor inestimable para Él, y si se daña se provocaría la ira del Creador. También los blancos se extinguirían, quizás antes que las demás tribus. Contaminen los lechos de sus ríos y una noche aparecerán ahogados en sus propios desperdicios.

Pero ustedes caminarán hacia su destrucción rodeados de gloria, inspirados por la fuerza del Dios que los trajo a esta tierra y que por algún designio especial les dio dominio sobre ella y los piel roja. Este destino es un misterio para nosotros, pues no entendemos por qué se exterminan los búfalos, se doman los caballos salvajes, se saturan los rincones secretos de los bosques con el aliento de tantos hombres, y se atiborra el paisaje de las exuberantes colinas con cables parlantes.

¿Dónde está el matorral? Destruído. ¿Dónde está el águila? Desapareció.

Termina la vida y empieza la supervivencia.”